

Capítulo 17. La ‘Guerra de Broma’ tradicional y su secuela

Chamberlain nuevamente salva a Hitler • La conquista de Dinamarca
• La conquista de Noruega • Bélgica • La conquista de Europa
occidental a través de Bélgica • Francia • La Batalla de Inglaterra •
Reflexión

...la magia de las palabras de Hitler todavía no se rompía. Aun después de comenzada la guerra y de que los alemanes hicieran su carnicería en Polonia, muchos continuaban creyendo que no tenía designios sobre Europa occidental, y por eso se dijo que la guerra en el frente occidental era una guerra de broma.

—A. Loudon, *Conoce A Tu Enemigo* (1942:29)

Con sus tropas probadas en Polonia y marchando de regreso a la frontera occidental—donde aguardaban sin menearse y (supongo) muy tensos los soldados franceses—, Hitler anunció a finales de septiembre, tranquilo y confiado, que buscaba... *la paz*.¹ ¿La reacción? “Muchos continuaban creyendo que Hitler no tenía designios sobre Europa occidental,” escribió poco después Loudon, invocando desde el pódium del *American Academy of Political and Social Science* aquel ‘consenso experto’ de medios y académicos para ‘explicar’ la debacle occidental: el retraso mental. Ni la absorción de Austria, ni el

engullimiento de Checoslovaquia, ni la “carnicería de Polonia”—obradas todas con mentiras de ‘paz’—pudieron sugerir a los jefes occidentales que Hitler volvía a lo mismo. Con su “magia de las palabras” aquel podía encantar todavía a estos niños de ojos grandes—amos del poder mundial—y llenar sus cabezas de “ilusión.” ¿Es verosímil? Pero además contradice la evidencia: los líderes occidentales, veremos aquí, tenían buenísima inteligencia sobre los planes de Hitler.

Aquella “magia de las palabras” era menos efectiva con los generales alemanes, no obstante la victoria en Polonia. Aplicando el sentido común, se negaban a aceptar que Occidente haría siempre lo que gustare Hitler. Entonces, “ ‘Se está cuajando una crisis muy severa,’ ” escribió en su diario el General Jodl (perrito faldero de Hitler), porque el *führer* “ ‘resiente que los soldados no le obedezcan.’ ” Ya conocemos el escenario (VER CAPÍTULO 13): de un lado el colérico y testarudo líder nazi, ansioso de atacar a todos y preparando ya la siguiente ofensiva; del otro sus generales, queriendo hacerle entender—*nuevamente*—que aun con el grueso de sus fuerzas no podrían vencer a los franceses.

¿Ah no? Hitler convocó a sus generales el 10 de octubre para anunciarles que habrían de obedecer. Se haría la guerra. A oídos de los militares prusianos sus arengas sonaban a lo que eran: desvaríos malsanos. No obstante, Hitler demostró “un instinto profético,” dice William Shirer, “de cómo avanzaría la guerra en el occidente.” Es más: expuso “una predicción perfectamente acertada de cómo sería peleada la guerra occidental.”²

Hitler—cuando no trabado de ira o tirado en el suelo mascando alfombras (CAPÍTULO 13)—hacía predicciones que

exigían pusilanimidad epidémica y patológica en la gente más poderosa del mundo, ¡y atinaba siempre! ¿No es absurdo? Pero el absurdo delata una mala hipótesis: la hipótesis de las buenas intenciones de los líderes occidentales—de su honesta oposición a las metas nazis—.

Propongamos entonces que aquellos gobernantes no eran bien intencionados, que buscaban dar un golpe derechista pan occidental, que se coludían a favor de Hitler. Fue *eso* lo que volvió la conquista nazi de Europa tan fácil. Fue *eso* lo que hizo parecer a Hitler genio militar y político con bola de cristal. Ésta hipótesis tiene a su favor que desvanece absurdos, como los éxitos improbables del desquiciado *führer* contra cualquier opinión de sus azorados generales, y concuerda, además, con una montaña gigantesca de evidencia sobre la ideología y políticas de las dirigencias estadounidenses (PARTE 2), eclesiásticas (PARTE 3), y británicas (PARTES 4 y 5). Habrá ocasión aquí de estudiar con mayor detalle el caso de otras dirigencias. Como veremos, abunda evidencia para sospechar de los gobernantes franceses, daneses, noruegos, y belgas.

Adelanto la conclusión: hubo una ‘Guerra de Broma’ porque la oposición a los nazis de las élites de poder occidentales fue fingida (y ni siquiera muy entusiasta), ahí nada más para establecer coartada con sus ciudadanías, ellas sí antinazis.

Chamberlain (otra vez) salva a Hitler

Hemos controvertido ya el presunto ‘apaciguamiento’ británico de Hitler presentando evidencia sobre la ideología eugenista—es decir pro ‘aria’—de Chamberlain y sus actividades

clandestinas antijudías y pro nazis (CAPÍTULO 14). Interrumpimos aquel relato para examinar la biografía y personalidad de Churchill y demostrar que—contrario a la mitología oficial—de hecho pensaba como Chamberlain (CAPÍTULOS 15 y 16). Toca ahora retomar los hilos del ‘apaciguamiento.’

Las chiflades de Hitler, como ya mencionamos, inducían oleadas cíclicas de desconfianza en los oficiales alemanes, pues había buenas razones militares y estratégicas para suponer que Alemania perdería una guerra occidental—por lo menos una guerra *honest*a. Por eso algunos oficiales alemanes, como habían querido hacer en la segunda crisis checoslovaca (CAPÍTULO 13), intentaron otra vez derrocar a Hitler.

Queriendo arrestar a su jefe, el general alemán Hammerstein invitó a Hitler a visitar el frente el 3 de septiembre. Pero aquel no se presentó y luego despidió a Hammerstein. ¿Por qué? Porque “el *führer* se las olió,” dice William Shirer. ¿Se las olió? ¿O le soplaron? La gente de Hammerstein había informado del plan a Sir Ogilvie-Forbes, *chargé d'affaires* en la embajada británica en Berlín,³ quien debió reportar esa información tan emocionante a su superior, el ministro de relaciones exteriores Lord Halifax, brazo derecho de Chamberlain. Halifax, a quien el propio Hitler consideraba “un político inteligente que respaldaba por entero las pretensiones de Alemania,”⁴ era compañero de cacería de Hermann Goering⁵ y sirviente de Joseph Goebbels para callar críticas contra Hitler en la prensa británica (CAPÍTULO 14).

Al mes de esto los oficiales alemanes hicieron otro intento de derrocar a Hitler. Con creatividad y resolución,

Chamberlain y Halifax se encargaron personalmente de sabotear eso con el ‘Asunto Venlo.’

El Asunto Venlo

Los generales alemanes buscaban demorar una y otra vez el ataque occidental, con lo cual “se desarrolló una crisis seria en octubre-noviembre de 1939 entre el iracundo Hitler y los militares.” Buscando ponerle fin, Hitler declamó a doscientos oficiales a finales de noviembre que el renacimiento militar de Alemania era gracias al Partido Nazi y les recordó que ellos siempre se habían opuesto a sus decisiones, todas al final exitosas. Luego regañó en privado a los generales Brauchitsch y Halder (el primero ofreció renunciar pero Hitler se negó).⁶

Los movimientos clandestinos de esos dos meses revelan el extremo descontento de los oficiales alemanes.

El coronel alemán Hans Oster, recordamos, había participado en la conspiración contra Hitler durante la crisis checoslovaca (CAPÍTULO 13). Ahora también. “A principios de octubre, con la connivencia del Coronel Oster del Abwehr, [el Dr. Josef] Mueller fue a Roma y al Vaticano para establecer contacto con el ministro británico en la Santa Sede” y con el gobierno de la Iglesia.⁷ ¿Cuál fue la respuesta? A finales de octubre, Chamberlain comunicó a través del Dr. Philip Conwell-Evans que estaba listo a negociar con un gobierno post hitleriano.⁸ El 6 de noviembre el Vaticano comunicó a Mueller, a través de Ludwig Kass, “que el papa estaba dispuesto a hacer ‘todo lo que pudiera.’ ”⁹ Evaluado fuera de contexto esto pudiera sugerir un esfuerzo de Chamberlain y Pío XII para tirar a Hitler, y algunos historiadores lo han

presentado así.¹⁰ Pero si nos abrimos paso hasta los detalles asomará a los ojos una hipótesis distinta.

Primero: ¿qué hay de los mensajeros? El de Chamberlain, Philip Conwell-Evans, había sido hasta hace poco un germanófilo líder de la Asociación de la Hermandad Anglo-Germánica (*Anglo-German Fellowship Association*). Fuerte admirador de Hitler, había peregrinado a verlo en dos ocasiones acompañado de Lord Lothian (íntimo de Nancy Astor, lideresa del pro nazi *Cliveden set*) y Lloyd George (también un ardiente aficionado de Hitler).¹¹ Que Chamberlain escogiese a Conwell-Evans de mensajero no sugiere un esfuerzo genuino de tirar al *führer*.

Lo mismo puede inferirse del mensajero vaticano. Ludwig Kass había sido el entusiasta brazo ejecutor del propio Eugenio Pacelli—en aquel entonces cardenal secretario de Estado y ahora Papa Pío XII—en la campaña por desmantelar la resistencia católica a Hitler en Alemania (CAPÍTULO 11). ¿Acaso Pacelli y Kaas habrían de cooperar ahora con un esfuerzo de traerse abajo el nazismo? Ésa es una hipótesis. Otra dice que Pacelli, como Chamberlain, habría querido sabotear la conspiración en contra de Hitler.

Bajo esta hipótesis alternativa el riesgo para Chamberlain y Pacelli era que genuinos antinazis en los gobiernos británico y vaticano se emocionaran y empujaran todo a negociar con los conspiradores. Luego Chamberlain debía fingir entusiasmo y estropearlo todo antes del golpe. Había que actuar rápido.

Como relámpago, el 9 de noviembre, a escasos días de emitir sus promesas a los conspiradores alemanes, Chamberlain

envió a dos espías británicos, el Mayor Richard Stevens y el Capitán Sigismund Payne Best, a una trampa. ¿La tendió él?

[Los espías] pensaban que entablarían contacto con conspiradores alemanes contra Hitler, pero fueron engañados: el Mayor Walter Schellenberg del *Sicherheitsdienst* de Himmler les puso una emboscada. ...Bajo interrogación, Stevens y Best revelaron muchos detalles de las redes de SIS [el Servicio de Inteligencia Secreto de Gran Bretaña] por todo Europa occidental, cosa que permitió a los alemanes desmantelarlas cuando ocuparon Francia y los Países Bajos.—Stafford (1997:165)

Es interesante que Himmler, autor de la emboscada, estuviera bien conectado con influyentes en Gran Bretaña y Estados Unidos, todos coludidos para asistir el esfuerzo bélico nazi (CAPÍTULO 18). Y es interesante, también, que la operación fuera una jugada *personal* de Chamberlain.

A la hora de proponer la misión de Venlo al gabinete británico, “Lord Halifax y Chamberlain” habían dicho que

estaban convencidos de que existían divisiones internas serias en el régimen de Hitler, y que habían aprobado la operación en la esperanza de lograr una victoria sobre Alemania sin derramamiento de sangre. Halifax dijo al gabinete que existía bastante oposición militar contra Hitler y que Chamberlain había ordenado personalmente a SIS que se aprovechara de esas divisiones.—Stafford (1997:165)

Los problemas aquí son obvios. ¿Qué necesidad había de ir a Venlo para contactar a “la oposición militar contra Hitler”? ¡Ya estaban en contacto! Si Chamberlain quería “victoria sobre Alemania sin derramamiento de sangre” esa

había estado a su alcance entre agosto y octubre de 1938, cuando los colegas de Oster primero la propusieron (CAPÍTULO 13). Pero Chamberlain había mejor corrido a convencer a Hitler de no dar la orden de ataque contra Checoslovaquia (la orden que habría servido de gatillazo para su arresto). Ahora el grupo de Oster se había vuelto a comunicar, pero en vez de trabajar con ellos por el canal establecido, Chamberlain había enviado de urgencia a Stevens y Best—repletos de información valiosa para Hitler—a una trampa de Himmler.

¿Acaso buscaba Chamberlain desprestigiar cualquier asunto pendiente con los enemigos internos de Hitler?

Sí esa era la meta, convenía hacer del Asunto Venlo un escándalo dentro del gobierno británico, para así invocarlo como razón de no hacer ya nada con Oster y colegas. Lo primero, entonces, era atascar por un tiempo las comunicaciones con Oster mientras maduraba el escándalo de Venlo. El andar del papa, el intermediario clave, fue justamente *glacial*. Pío XII no hizo venir a Francis D’Arcy Osborne, el representante británico en el Vaticano, sino hasta mediados de enero, fecha para la cual el Asunto Venlo era ya foco de indignación y protesta en los círculos de poder británicos.

Si fuera poco, el papa aconsejó abortar. El memorando de D’Arcy Osborne a Halifax deja claro que Pío XII “no pretendía de ningún modo respaldar o recomendar el plan [de los conspiradores]. Después de oír mis comentarios acerca de los informes que había recibido y me había transmitido,” explicó Osborne, “‘[el papa] dijo que quizá, después de todo, no valía la pena intentarlo y por tanto me pedía que hiciera como si no me hubiera dicho nada.’” A esto el propio Osborne

añadió su matarile: “todo aquel asunto era ‘desesperadamente vago,’ ” dijo, “y le recordaba el ‘asunto Venlo.’ ”¹²

Chamberlain, para no errar, cubría la otra esquina del terreno. Oster y colegas habían comunicado que no depondrían a Hitler sin una garantía británica de preservar las fronteras de Múnich (es decir, Alemania se quedaría con Austria y los Sudetes, pero se saldría de Polonia y se reconstituiría Checoslovaquia).¹³ *Apoyándose internamente para ello en el fiasco de Venlo*, Chamberlain envió la siguiente respuesta: antes de dar cualquier garantía debía conocer las identidades de los conspiradores. Eso asustó a los enemigos de Hitler y los hizo callar.¹⁴ La conspiración había sido derrotada.

Cabe preguntar: ¿qué arriesgaba Chamberlain emitiendo la garantía solicitada? Si quería derrotar el nazismo, nada. Él había *luchado* por conceder las fronteras de Múnich a Alemania; los conspiradores proponían dismantelar el nazismo y regresar el continente europeo a ese *status quo ante* territorial sin el costo de una guerra europea. La garantía para los conspiradores sería *secreta*; si aquellos no daban el golpe no había compromiso. ¿Por qué necesitaba sus identidades?

Aquí las tres consecuencias clave del Asunto Venlo:

Primero. Venlo desprestigió todo trato con conspiradores alemanes y sirvió de coartada para la inacción británica y vaticana. Los genuinos antinazis en las clases gobernantes en Londres y el Vaticano quedaron neutralizados, sin argumentos.

Segundo. “[Después del] desastre de Venlo... Chamberlain y su gobierno adoptaron una posición, luego más firmemente enunciada por Churchill, que se convirtió en la

base de las metas de guerra aliadas.” Esa política, en palabras de Churchill, era “ ‘la victoria a cualquier precio’ ”: *derrota total de Alemania sin negociación o tregua*. Suena valiente pero, ¿cuál sería la consecuencia política? Que “la base para negociaciones con un gobierno anti-Hitler se había esfumado,” pues sus detractores alemanes “no podían conseguir el apoyo militar para tirar a Hitler sin términos de los Aliados aceptables a los nacionalistas alemanes y a los líderes militares.”¹⁵ La nueva política británica unificaba a los oficiales alemanes en torno a Hitler.

Tercero. La información que Stevens y Best rindieron en Venlo redundó en importantes ventajas para los nazis.

Los historiadores han querido convencernos de que Chamberlain era tonto. Bajo la hipótesis tradicional del ‘apaciguamiento,’ sí; bajo la alternativa—que nadie pone sobre la mesa—era un genio. Cuestión de enfoque. Por eso es tan importante, para esta controversia, haber documentado que la ideología de Chamberlain era eugenista y pro nazi (CAPÍTULO 14).

Oster intenta de nuevo

Hitler planeaba violar la neutralidad belga y atacar por ahí a los franceses. Era un poco obvio. Por un lado, la Línea Maginot en la frontera franco-alemana era insuperable, y por otro Hitler no iba a respetar la neutralidad de nadie. Además, violar a Bélgica para atacar a Francia había sido, precisamente, la estrategia del Káiser Guillermo en la Primera Guerra. Pero si todo eso fuera poco, la dirigencia occidental recibió buena inteligencia de que, nuevamente, así sería.

El 5 de noviembre, aquel testarudo amante de la paz europea, el Coronel Hans Oster, “advirtió al agregado militar holandés en Berlín [Coronel J.G. Sas], y al belga, que habría un ataque alemán el 12 de noviembre, en aquel entonces la fecha programada.” Algunos días antes “Goerdeler, otro de los conspiradores, [había ido] a Bruselas instigado por Weizsaecker a advertirle a los belgas de un ataque inminente.”¹⁶ ¿Hacía falta más? “Poco después del año nuevo... los planes de Hitler para la ofensiva occidental cayeron en manos de los belgas.”¹⁷

El 10 de enero de 1940 el Mayor Helmut Reinberger, un importante oficial de la *Luftwaffe*, se extravió en las nubes sobre Bélgica y tuvo que aterrizar de emergencia en Melchen-sur-Meuse. Llevaba consigo los planes—mapas y todo—de la ofensiva occidental en un portafolios. Cuando vio que se acercaban soldados belgas trató de quemarlo todo pero ellos apagaron el fuego. En el cuartel, Reinberger tomó los papeles de una mesa y los aventó a una estufa que ardía pero fueron rescatados. Para salvar su cuello, quiso luego convencer a sus superiores en Alemania que no había quedado nada, pero ellos no se convencían. Una “ ‘situación catastrófica,’ ” escribió en su diario el General Jodl.¹⁸

Los dirigentes occidentales merecían que Jodl les tuviera más confianza. Aunque se movilizaran tropas belgas a la frontera, y aunque Paul-Henri Spaak, ministro belga de relaciones exteriores, dijera al embajador alemán que los documentos de Reinberger demostraban la intención alemana de atacar a Bélgica, cuando británicos y franceses recibieron copia de los documentos dijeron “que se trataba de un ‘fraude.’ ”¹⁹

Nervioso por todo esto, Hitler pospuso su ataque por Bélgica y decidió atacar primero hacia el norte: Dinamarca y Noruega.

La conquista de Dinamarca

Hitler se veía muy seguro de que Gran Bretaña y Francia permitirían sus conquistas escandinavas. Pero ‘conquista’ al final es mucha palabra: los daneses recibieron a los nazis de brazos abiertos. Faltaron guirnaldas en la carretera para los soldados alemanes y en la retaguardia una tambora (¡pero nada más!).

El comportamiento del rey, sus ministros civiles, y sus oficiales militares

Pugnando nuevamente por la paz europea, el coronel alemán Hans Oster, diez días antes de que los nazis atacaran a los daneses, “advirtió a su amigo el Coronel J.G. Sas, agregado militar holandés en Berlín, sobre los planes de los alemanes.” Ni tardo ni perezoso, “Sas le informó inmediatamente al agregado naval danés, el Capitán Kjölsen.” Pero, dice Shirer, “el gobierno danés no quería creerle a su propio agregado naval, y cuando el 4 de abril [de 1940] Kjölsen llegó derrapándose a Copenhagen, enviado por el ministro danés en Berlín a repetir la advertencia en persona, seguían sin tomarse en serio su información.”²⁰

No le querían creer. Seguían sin tomárselo en serio.

Las advertencias de Kjölsen fueron seguidas de otras. El 8 de abril, la víspera del ataque, una embarcación alemana

llena de tropas fue atacada en la costa noruega por los polacos libres (el ataque contra Dinamarca y Noruega fue simultáneo) y los daneses “vieron con sus propios ojos una gran armada naval dirigiéndose al norte entre sus islas.” Sin embargo, “durante la cena el Rey [Cristián X] de Dinamarca, sonriendo, negó que su país estuviera en peligro alguno,” y después de cenar se fue al teatro “confiado y contento” según el reporte de un oficial.²¹

Al día siguiente, alegando que iban a proteger a daneses y noruegos de una invasión *británico-francesa* (la verosimilitud nunca preocupaba demasiado a Hitler), los alemanes invadieron.

El General W.W. Pryor, el Comandante en Jefe del Ejército, casi el único en pedir que se ofreciera resistencia, fue frustrado por el Primer Ministro Thorvald Stauning, el Ministro de Relaciones Edvard Munch, y el rey, quien, cuando empezaron a llegar las malas noticias el 8 de abril, se rehusó a ordenar la movilización que pedía [Pryor]. *Por razones que, a pesar de una investigación en Copenhagen, continúan siendo misteriosas para este autor*, la armada nunca hizo un solo disparo, ni de sus barcos ni de sus baterías, aun cuando los barcos alemanes pasaban en frente de sus cañones y podían ser despedazados. El ejército peleó un poquito en Jutland, y la Guardia Real hizo algunos disparos cerca del palacio real y sufrió algunos heridos. Para cuando los daneses habían digerido su desayuno todo había terminado. El rey, aconsejado por su gobierno... capituló y ordenó que cesara la poca resistencia que había.—Shirer (1960:698; énfasis mío)

Por razones aun misteriosas.

Con el país recién ocupado, Christian X, rey de Dinamarca, le dijo al general alemán Himer: “ ‘General, ¿me permite decirle algo, como viejo soldado? ¿De soldado a soldado? ¡Ustedes los alemanes han hecho lo increíble otra vez! ¡Uno tiene que admitir que es un trabajo magnífico!’ ” Se equivocaba el rey: nada tiene de especial tomar un país que no ofrece resistencia. ¿Pero acaso un rey patriota celebra la conquista de su país por un poder extranjero?²²

De ahí en adelante, dice William Shirer, “el rey danés y su pueblo... dieron muy poca lata a los alemanes” y fueron un “protectorado modelo” casi hasta el final de la guerra.²³ Por haberse rendido tan rápido y colaborado tan bien, el gobierno danés recibió mucha autonomía; pero cuando los nazis quisieron imponer un control más directo tampoco hubo problema: Christian X ordenó al servicio civil de Dinamarca, después del 29 de agosto de 1942, acatar las órdenes alemanas.²⁴ “Dinamarca,” concluye el historiador Phil Giltner, “cooperó activamente con los nazis..., un hecho que al país le cuesta todavía trabajo admitir.”²⁵

¿Pero cuáles son esas “razones... misteriosas” de la colaboración danesa?

Antecedentes: el eugenismo de las élites danesas

Se ha dicho mucho, y el propio Giltner lo dice, que se optó por la no resistencia a cambio de un trato suave porque Dinamarca era imposible de defender. Pero las dificultades militares no explican la frivolidad para con las advertencias, la no petición de asistencia franco-británica, y mucho menos la exuberancia aprobadora del rey al momento de entregar su país a los nazis.

Para William Shirer las razones de todo esto son “misteriosas.” ¿Realmente lo son? ¿O son indiscutibles, *impensables*, cuando no puede retarse el axioma de las buenas intenciones de los líderes occidentales? Porque si nos permitimos señalar que la clase gobernante danesa era orgullosamente *eugenista* sorprende menos esa bienvenida tan efusiva a los nazis.

Charles Davenport y Harry Laughlin, líderes de la institucionalización del eugenismo en Estados Unidos (CAPÍTULOS 5 y 6), habían tutelado con celo el surgimiento en Dinamarca de esta misma ideología, cuya imperativa política era oprimir e inclusive exterminar a los trabajadores ‘defectivos,’ privados de la exaltada sangre ‘nórdica’ o ‘aria’ alemana. Edwin Black, historiador del eugenismo, escribe:

El eugenismo fue organizado en Dinamarca por dos de los primeros confederados de [Charles] Davenport, August Wimmer y Sören Hansen. Wimmer era un psiquiatra de la Universidad de Copenhagen y Hansen era presidente del Comité Antropológico Danés. En tanto que racistas nórdicos con el afán de deshacerse de las corrientes defectivas en un país que, como país, era ya una élite eugenista [por ser germánico], su afiliación con Davenport era natural. Un médico danés inclusive viajó al Vineland Training School en Nueva Jersey para estudiar con H.H. Goddard, cuyos textos sobre los Kallikak y su revisión de los exámenes de Binet y Simon se convirtieron en el estándar en las publicaciones eugenistas danesas.— Black (2003:243)

Para 1912, el gobierno danés había lanzado un registro eugenista masivo de los sordos, los retrasados mentales, y otros ‘defectivos.’ En la siguiente década se adoptó una ley de

restricción matrimonial eugenista, y, siguiendo el ejemplo estadounidense, comenzó a investigarse la esterilización forzada en 1926. “En noviembre de 1927, [Harry] Laughlin se encargó de que el juez Harry Olson de Chicago enviara directamente a un miembro de la comisión danesa sobre esterilización la extensiva guía legislativa de Laughlin sobre el tema.” Y en 1929 la primera ley de esterilización forzada en Europa fue aprobada en Dinamarca, algo que el danés Sören Hansen reportó orgulloso en el *Eugenical News* del *Carnegie Institution*. “Poco después de que fuera aprobada la legislación danesa, la Fundación Rockefeller comenzó a subsidiar las investigaciones eugenistas en aquel país.” Mucho del apoyo financiero era para el Dr. Tage Kemp, el cual hacía muchos viajes al centro de Cold Spring Harbor de Carnegie. Rockefeller continuaría subsidiando los esfuerzos de los eugenistas daneses durante toda la década de los 1930s.²⁶ La élite de poder danesa, aprendiz entusiasta de la estadounidense, se convirtió en líder europeo del eugenismo antes de ser rebasada por los alemanes.

Consistente con las metas políticas del eugenismo, se le vio a la clase gobernante danesa echar mano del ejército para suprimir un disturbio laboral en agosto de 1918. Sin embargo, como los soldados rasos, egresados de las clases trabajadoras, no parecían del todo leales a estos desplantes derechistas, se ordenó una desmovilización en noviembre del mismo año para impedir que hubiera un amotinamiento general. En 1919, los oficiales del ejército danés, todos aristócratas, con personal cuidadosamente seleccionado, desarrollaron planes secretos para una movilización parcial con el fin de irse sobre los izquierdistas si se generaba una oportunidad política.²⁷

En fin, la evidencia sobre la cultura, ideología, y planes de la aristocracia y oficialía danesa vuelven obvia su afinidad con el régimen radicalmente eugenista de Adolfo Hitler. La evidencia sobre la ‘conquista’ nazi de Dinamarca confirma esas sospechas.

Para quien omite considerar esta evidencia, por ejemplo Phil Giltner, “dada la trayectoria de Hitler, es asombroso el salto de fe danés de emprender un arreglo cooperativo con los nazis.”²⁸ ¿O sea que los daneses debieron imaginarse que serían brutalmente expoliados como checos y polacos? ¿Por qué? ¿Acaso Austria había recibido ese trato? Dinamarca podía esperar el trato correspondiente a un país ‘ario’ regido por una clase gobernante sólidamente eugenista.

El rescate de los judíos daneses

Parece aberrante entonces que la ‘nación danesa’—*entera*, según la versión impartida en las escuelas—escabullera a sus compatriotas judíos de los nazis. Tanto daneses como judíos han enfatizado e inmortalizado esta narrativa, pues, como explica el antropólogo Andrew Buckser, ambos precisan de ella por razones altamente simbólicas. Los daneses porque así limpian un poco su dócil colaboracionismo y cimientan su identidad moderna de defensores de los derechos humanos; los judíos, porque al subir al pueblo danés al pedestal reprueban—por implicación—el comportamiento de otros pueblos durante el Holocausto.²⁹ Pero los hechos reales son siempre más complejos que cualquier caricatura propagandística.

Buckser desmiente los mitos más coloridos que todavía mucha gente cree, como la historia del Rey Christian X

desfilando a caballo por las calles, vistiendo desafiante la estrella amarilla que los nazis imponían a los judíos. Eso jamás sucedió, pero persiste en la imaginación luego de haberse incluido en la famosa novela *Éxodo* de León Uris y en su versión fílmica, como apunta Vilhjálmur Örn Vilhjálmsson en su artículo ‘El Rey y la Estrella: Mitos creados durante la ocupación de Dinamarca.’³⁰

Pero quien mejor reta la versión conocida es el historiador Gunnar Paulsson. Presenta evidencia abundante—desbordante—para establecer que, si bien los nazis querían deshacerse de los judíos daneses, escaseaban los recursos para *asesinarlos*, pues había poco personal en el país. Retomaron entonces la política de expulsión que habían favorecido antes del otoño de 1941 (INTRO A LA PARTE 1) y buscaron asustar a los judíos para que salieran ellos mismos corriendo. Entonces, a diferencia de aquellas operaciones nazis—con disimulo y sorpresa—donde sí buscaban llevarse judíos al matadero, aquí se anunció públicamente la deportación y con tiempo. Judíos y simpatizantes pudieron organizar y financiar la evacuación a Suecia *sin interferencia alguna de los nazis*, quienes consiguieron así la expulsión que deseaban.³¹

No se trata de impugnar aquí la compasión y valentía de los daneses involucrados en la evacuación judía pero sí de ponerlas en contexto. Mencionaré tres estadísticas diagnósticas.

Primero. En la etapa anterior a la guerra, Holanda, el país más densamente poblado del mundo, había consentido en recibir como refugiados a 22,000 judíos alemanes; Dinamarca tan solo 1,500.³²

Segundo. “Los nazis daneses, alrededor de 22,000, eran más rábidos y en proporción más numerosos que los nazis holandeses.” Es un punto a considerar, pues “de haberse impuesto un gobierno nazi directo sobre los daneses, [los nazis daneses] podrían haber sido insertados en lugares clave de la policía y servicio civil, como en el caso de los nazis holandeses.” De haber sido así, y de haber podido los nazis en ese caso exterminar a los judíos daneses, como apunta Paulsson, el destino de éstos no habría sido muy distinto al de los judíos holandeses, tres cuartos de ellos asesinados.³³

Tercero. No se movilizó una ‘nación danesa’ unánime a favor de los judíos sino 10,000 personas a lo sumo, en su mayoría parientes y amigos de los judíos evacuados, más algunos cientos de miembros de la resistencia danesa.

Este nivel de apoyo a los judíos podía encontrarse en cualquier parte de Europa—aún en la muy antisemita Varsovia, donde, de acuerdo a Emanuel Ringelbaum 40-60,000 personas se involucraron en la asistencia a los judíos bajo condiciones mucho más arduas—. Habría sido verdaderamente escandaloso, por lo tanto, si no hubieran podido encontrarse 10,000 daneses para echar la mano.—Paulsson (1995:458)

Queda por mencionar un detalle. El rey de Dinamarca, tan entusiasmado con la toma nazi de su país, era, como los monarcas eugenistas de Gran Bretaña, un aristócrata *de origen alemán* (de la Casa Oldenburg, *de Prusia*). El rey de Noruega, Haakon VII, era su hermano.

La conquista de Noruega

En Noruega la penetración del eugenismo cual política de Estado fue menor y menos rápida que en Dinamarca, pero el gobierno del partido agrario conservador—de la clase terrateniente y aristocrática—aprobó una ley de esterilización forzada en 1934 y se la aplicó a mucha gente. Esto seguía el modelo de los Estados Unidos, pues los eugenistas noruegos también eran tutelados por los estadounidenses.³⁴

El derechismo florecía sobre todo en la oficialía militar, poblada de aristócratas terratenientes. A finales de la Primera Guerra Mundial, algunos oficiales comenzaban “esfuerzos intensivos por monitorear las actividades de los izquierdistas” y desarrollaron el sistema *ordensvern*: un “ejército secreto diseñado para la activación rápida y selectiva contra enemigos domésticos,” separado por completo de la infraestructura militar convencional.³⁵

Los creadores de aquel sistema lo justificaban alegando la amenaza de un golpe de Estado “bolchevique.” Pero “el gobierno civil no sabía prácticamente nada del sistema especial de movilización”; de haber existido esa amenaza, ¿cuál habría sido la razón de ocultar el *ordensvern*? Los izquierdistas noruegos eran bastante moderados y apasionadamente militaristas, o sea que faltaba la inclinación ideológica. También la necesidad, pues avanzaban mucho por la vía parlamentaria. De hecho, apunta Thompson, “prácticamente no hay evidencia de planes serios, mucho menos de preparación física, para semejante insurrección.” En su opinión, “los complicados preparativos militares dan la impresión de una

gran pérdida de tiempo, fruto de paranoia y de imaginaciones sobre activas.”³⁶

Ésa es una hipótesis. Otra es que la preocupación de una insurrección “bolchevique” era una simple fachada para tramar la derrota de cualquier izquierda. Y eso acredita los temores de los izquierdistas noruegos.

[Ellos] percibían una amenaza de los extremistas antidemocráticos en la derecha. Dado que los oficiales eran en su gran mayoría conservadores, los militantes laboristas consideraban a la infraestructura militar como un pilar de oposición a sus metas; y muchos temían que, de lograrse una victoria izquierdista por el canal electoral, se convertirían en el blanco de un golpe militar derechista.—Thompson (1997:510)

El oficial militar Vidkun Quisling—cuyo nombre, en varios idiomas, pronto sería sinónimo de traidor a la patria—personificaba esos temores.

Vidkun Quisling

Quisling no amaba la libertad política. A su manera de ver, “la democracia [era] un sistema gigante de explotación” y los noruegos precisaban de un genio pastor—*Quisling*—. Italia y Alemania eran los ejemplos a seguir. “Adoptó el título de ‘forer’ o líder en 1933 cuando fundó su partido *Nasjonal Samling* en imitación directa de Hitler.” No fue lo único que imitó: “También trató de crearse un pequeño ejército privado para cuidar su persona y generar la elite de su partido—la similitud con la SS es obvia—.”³⁷ Su plan era usar el ejército secreto *ordensvern* para un golpe.

Un estudio reciente concluyó que, durante el periodo 1931-33, cuando Quisling fungía como ministro de defensa bajo el gobierno agrario [aristocrático y conservador], probablemente existía una conspiración limitada que incluía a varios altos oficiales, la cual consideraba seriamente activar el sistema *ordensvern* para sus propios fines.

Después de poner en marcha una oleada masiva de arrestos de izquierdistas y otros opositores políticos, se disolvería el *Storting* [la legislatura noruega] y se cambiaría la constitución para producir un modelo corporativista [fascista]. ...Quisling... estaba esperando solamente el pretexto oportuno para darle una fachada legal al golpe...—Thompson (1997:511)

Siguiendo la pauta de los eugenistas estadounidenses, “la teoría racial de Quisling era mucho más elaborada que un simple antisemitismo.” Como explica Paul Hayes, “creía en la superioridad nórdica y en su definición de nórdico incluía a los habitantes del norte de Europa. También estaban las colonias alemanas en Austria, Ucrania, y Transilvania.” Según él, “había también algunas razas más o menos buenas que habían sido ‘contaminadas’ por judíos, incluidas la holandesa e inglesa.”³⁸

También como los eugenistas estadounidenses, Quisling “no simpatizaba nada con las clases trabajadoras,” y mientras fue ministro de defensa “se convirtió en el político menos popular de Noruega.” Con el apoyo del gobierno, el día que hubo una huelga en las instalaciones hidroeléctricas envió tropas a “restaurar el orden” para proteger la paz Noruega contra “los revolucionarios rojos.”³⁹ La ‘chusma,’ “hasta no ser educada, no podía determinar sus intereses,” por eso Quisling

habría de bendecirla con una pedagogía totalitaria. Sin embargo, “había ciertos grupos que no podrían responder al sistema porque eran inherentemente inferiores y para ellos no había lugar en la sociedad de Quisling.” Ya se habrán adelantado mis lectores a adivinar que “la raza... especialmente impura eran los judíos, y su existencia era un obstáculo a la creación de su sociedad ideal.”⁴⁰

Es divertido observar que la presunta ‘inferioridad’ de los judíos—en la teoría misma de Quisling—los volvía indomables. Y también esto: en Noruega casi no había judíos.

“El nazismo no floreció en el suelo fértilmente democrático de Noruega,” explica Hayes. Así pues, “derrotado en las urnas, [Quisling] tornó su mirada a la Alemania Nazi.” A partir de 1933 había establecido contacto con Alfred Rosenberg (‘filósofo’ de los nazis) y empezó a fraguar la toma de Noruega con todo y entrenamiento clandestino nazi para algunas tropas noruegas leales a Quisling. En 1939, después del ataque ruso contra Finlandia, el Almirante Raeder convenció a Hitler de que era vital ocupar Noruega, y entonces Rosenberg se trajo a Quisling a Berlín. Se le explicó a Raeder que el noruego tenía muchos seguidores en el ejército y un plan de golpe de Estado parecido al del *anschluss* de Hitler en Austria. Hitler habló personalmente con Quisling y quedó impresionado.⁴¹

Se fue planeando la invasión de Dinamarca y Noruega como operación simultánea: ambos países, se esperaba, serían tomados sin resistencia. Salió a la perfección en Dinamarca y casi también en Noruega.

La débil resistencia noruega

Ya en marzo el gobierno noruego—para ese entonces laborista—había recibido sendas advertencias de otros países y de sus propios agentes en Berlín. Pero los oficiales del ejército parecen haber saboteado toda posibilidad de defensa.

El 7 de abril “varias embarcaciones de guerra alemanas fueron *vistas* navegando por la costa de Noruega y llegaron reportes de un ataque aéreo británico contra la flota alemana cerca de Skagerrak.” Al siguiente día “el *Admiralty* británico informó a la Legación Noruega en Londres que se acercaba una importante fuerza naval alemana a Narvik.” El mismo día, los periódicos de Oslo reportaban el ataque contra una embarcación alemana por un submarino de las fuerzas libres polacas; los soldados alemanes rescatados habían dicho que se dirigían a Bergen, la segunda ciudad más grande de Noruega, para “defenderla de los británicos.” Los militares noruegos no se movieron. A pesar de todas las advertencias y evidencias, “el gobierno noruego,” aconsejado por los militares derechistas, “no consideró necesario tomar medidas obvias como movilizar al ejército, suplir las fortificaciones que protegían las bahías con todo su personal, bloquear las pistas de los aeropuertos, o, lo más importante, minar las estrechas vías marinas a la capital y a las principales ciudades.”⁴²

Los alemanes atacaron.

En Narvik, el Coronel Konrad Sundlo, el comandante local del ejército, era “un seguidor fanático de Quisling, y se rindió a los alemanes sin hacer un solo disparo.” El comandante naval de Narvik permitió que los alemanes dispararan primero y se perdieron los buques de guerra noruegos *Eidsvold* y *Norge* con casi todos sus soldados. En Trondheim las baterías no dispararon a los alemanes y fue

tomada con facilidad. La leve resistencia en Bergen lastimó al crucero alemán *Koenigsberg* y su barco auxiliar, y nada más; para el mediodía la ciudad había sido tomada. Paracaidistas alemanes tomaron sin mayor problema el aeropuerto estratégico de Sola, cerca de Stavanger, y adquirieron así superioridad aérea, misma “que impedía a los británicos enviar una fuerza grande.” Hubo resistencia en Kristiansand pero la *Luftwaffe* pudo demolerla.⁴³

Para el mediodía o poco después, en la costa oeste y sur que comprendía 1,500 millas desde Skagerrak al ártico, las cinco principales ciudades y puertos noruegos y un gran aeropuerto estaban en manos de los alemanes. Habían sido tomadas por un puñado de tropas [alemanas] trasladadas hasta ahí por una armada muy inferior a la británica. —Shirer (1960:702)

¿Pues qué habían hecho entonces los británicos? *Nada*. O en algunos casos peor que nada. ¿Y de quién fue la culpa? Eso está claro.

Otra debacle de Winston Churchill

Churchill era nuevamente jefe civil de la armada británica, y la operación británica ‘en defensa’ de Noruega fue naval. Si fuera poco, inmediatamente después de comenzado el ataque contra Dinamarca y Noruega, Chamberlain nombró a Winston Churchill presidente del Comité de Coordinación Militar.⁴⁴ Con semejante autoridad no puede minimizarse su responsabilidad por lo sucedido. *Y absolutamente todo lo que hizo Churchill estuvo mal*. El historiador Arthur Marder hace un esfuerzo por defenderlo pero al final confiesa que Churchill contribuyó mucho a la pérdida de Noruega. Con mayor

franqueza, Sir Basil Liddel Hart, concluye que Winston Churchill fue la causa principal del desastre noruego.⁴⁵

Vayamos al inicio, unos días antes del ataque alemán.

Chamberlain declaraba en público que no había que temer: según él los alemanes, por no aprovechar la impreparación de británicos y franceses para madrugarse un ataque, habían perdido ya la guerra. Ese tono imperaba cuando el Gabinete de Guerra británico se reunió el 3 de abril para discutir la inteligencia disponible sobre la operación alemana contra Noruega. Dice William Shirer: “no parecen habérsela tomado muy en serio.” Eso, *gracias a Winston Churchill*, quien, alegando en contra de la evidencia, dijo que Hitler no tenía intenciones agresivas, que simplemente buscaba estar listo para *contra atacar* si los británicos tomaban el puerto noruego de Narvik (interpretación perfectamente empatada con la propaganda nazi, según cual los nazis iban a defender a Dinamarca y Noruega *de los británicos*).⁴⁶

Una pregunta es obligada: ¿por qué pudieron los alemanes, una vez lanzado el ataque, tan fácilmente escurrirse entre una armada británica muy superior? En parte porque el *B-Dienst* alemán había descodificado las transmisiones británicas, logrando así una “ventana abierta a las operaciones del *Royal Navy*.”⁴⁷ Y los británicos, a diferencia de la Primera Guerra Mundial, no podían ver las transmisiones alemanas. Eso había sido otro obsequio de Churchill. Bajo coartada de su fiebre antibolchevique, sabiendo perfectamente cuáles serían las consecuencias, él había presionado muy fuerte en 1935 para forzar la publicación de ciertas transmisiones soviéticas interceptadas, supuestamente para desprestigiarlos. ¿La

consecuencia? Todo mundo cambió sus sistemas de comunicaciones.⁴⁸

Luego están los fiascos operativos.

“A pesar de haber preparado una fuerza expedicionaria pequeña para Noruega, los británicos [es decir, Churchill] inexplicablemente fueron muy lentos en trasladarla,” dice Shirer. *Inexplicablemente*. Realmente fue un circo: después de haber embarcado estas tropas *las desembarcaron* en Gran Bretaña, “alegando que todos los barcos se necesitaban para la acción naval.” ¿Cuál acción naval? Los británicos a duras penas se movieron. Con el embarque y desembarque, por supuesto, se perdió mucho tiempo y se otorgó la ventaja a los nazis. Para cuando las tropas fueron reembarcadas los puertos de Stavanger, Bergen, Trondheim, y Narvik, los cuales supuestamente iban a defender, estaban en manos de los alemanes. Y sin que los alemanes se hubiesen esforzado demasiado. Narvik, por ejemplo, fue tomada “por diez destructores [alemanes] que se habían escurrido por en medio de una formidable flota británica, y la habían ocupado con apenas dos batallones nazis.”⁴⁹

Dice Shirer: “Para cuando [las tropas británicas] llegaron a Noruega central, estaban ya condenadas... gracias al control que [para estas fechas] tenía la *Luftwaffe* de los aires.”⁵⁰ Aquello deshizo la estrategia del Coronel Ruge, el Inspector General de la Infantería, un patriota noruego cuyo plan era demorar al enemigo hasta que llegaran refuerzos aliados en números suficientes para voltear la situación. Pero ni siquiera pelearon bien los pocos británicos que empezaron a llegar, muy tarde, entre el 19 y 21 de abril. Dice Thompson que

“resultaron inferiores no solo a los alemanes, sino a las muy cansadas y mal armadas tropas noruegas.”⁵¹

En algunos casos los buques británicos inclusive recibieron órdenes de no interferir con los nazis. Por ejemplo,

Afuera de la bahía de Bergen los británicos tenían una poderosa flota de cuatro cruceros y siete destructores que podrían haber abrumado a la fuerza naval alemana, que era más chica. La flota británica estaba a punto de entrar a la bahía cuando recibió órdenes del *Admiralty* de cancelar el ataque debido [supuestamente] al riesgo de minas y de bombardeo aéreo, una decisión con la que Churchill concurrió...— Shirer (1960:702)

Apunto que es tergiversar los hechos decir que “Churchill concurrió.” Vimos en la Parte 5 que él “se involucraba en los más pequeños detalles administrativos, aún en el clímax de la peor crisis.”⁵² En esta campaña fue lo mismo: “jaloneaba constantemente a los comandantes con órdenes de operación.”⁵³ O sea que eso de no arriesgar una flota muy superior a la alemana—porque supuestamente había peligro de minas y bombarderos—no fue una orden con la que “Churchill concurrió.” *Churchill la emitió*.

De reojo es una orden curiosa porque se les dijo a los barcos británicos que *no atacaran*, mientras que, como dice Jenkins, a Churchill “nunca se le acusó de ponderar y esperar sino más bien de pegar el salto a ciegas.”⁵⁴ Le hervía siempre la sangre por el combate y desperdiciaba sin mayor desconsuelo grandes multitudes de hombres de forma impulsiva y aventurera, como en Galípoli (Dardanelos) durante la Primera Guerra Mundial (CAPÍTULO 15). Para colmo, había

estado diciendo, en público, que los barcos británicos nada tenían que temer de los bombarderos nazi (CAPÍTULO 16). Es sospechosa, por tanto, aquella súbita cautela de Churchill, tan ventajosa para los alemanes.

Refuerza la sospecha que *también* sus órdenes de atacar fueran un regalo para el enemigo. Los buques británicos enviados el 10 de abril a Narvik, luego de la toma nazi del puerto, cayeron en una trampa: los estaban esperando cinco destructores alemanes a la salida.⁵⁵ Para ‘vengarse’ Churchill ordenó en represalia el bombardeo de Narvik. Ante eso, “el General Mackesy protestó que sería vergonzoso bombardear a miles de hombres, mujeres, y niños noruegos. [Entonces] Churchill le envió a Cork”—el almirante a cargo del *British Expeditionary Force*—“lo siguiente: ‘Si este oficial [Mackesy] está promoviendo un mal espíritu entre los altos oficiales de las fuerzas terrestres, no titubee en relevarlo o arrestarlo.’”⁵⁶

Vinieron luego de esto “más cambios de plan de Churchill,” con lo cual se produjo otro desastre cuando “las fuerzas que habían sido enviadas a Trondheim fueron abrumadas y evacuadas.” Sin coincidencia: “Los críticos de Churchill comenzaron a rumorar que el fiasco de Noruega era otro Galípoli [Dardanelos].”⁵⁷

Noruega cae

El primer intento alemán de tomar la capital fue repelido por una defensa naval efectiva, y la flota alemana se retiró un poco de la Bahía de Oslo a “lamer sus heridas.” Pero aquello al final fue una distracción, porque el aeropuerto de Oslo, indefenso, fue tomado por una pequeña fuerza alemana de paracaidistas.

Encima de ello, “no se hizo nada por bloquear las pistas del aeropuerto cercano de Fornebu, algo que podría haberse hecho estacionando algunos automóviles en las pistas,” con lo cual aterrizaron ahí las tropas de ocupación. Estas “iban ligeramente armadas [y] las tropas noruegas de Oslo podrían haberlas destruido,” pero “por razones que no se han esclarecido... [las tropas noruegas] no fueron llamadas, mucho menos desplegadas, y la pequeña fuerza alemana de infantería *marchó* su entrada a la capital detrás de una banda militar improvisada” (énfasis mío).⁵⁸

Por razones que no se han esclarecido.

Con la capital en manos de los alemanes, Quisling se proclamó por la radio jefe del nuevo gobierno y ordenó que cesara inmediatamente toda resistencia. Pero Quisling no duró mucho—pronto, los nazis lo habían reemplazado—. El gobierno noruego, incluido el Rey Haakon VII, se escabulló al exilio sin rendirse formalmente.

¿Traición?

Aunque hubo algunos momentos de resistencia, e inclusive actos aislados de heroísmo, un resumen justo del desempeño de las fuerzas noruegas es: “una humillante serie de fiascos, derrotas, y capitulaciones.” ¿A qué se debió? El historiador David Thompson comenta que “hubo rumores muy extendidos de traición y de actividades de quinta columna.” Es cierto que “las cortes en la posguerra no condenaron a un solo oficial noruego por traición,” pero dado que la oficialía militar era en general derechista quizá no deba sorprendernos demasiado. Y hemos de apuntar que “varios altos oficiales recibieron

sentencias leves por acusaciones menos graves como el abandono del deber, y muchos casos cuestionables ni siquiera fueron investigados a fondo.” Como dice Thompson, “permanece la especulación de que las simpatías por Alemania y por el NS [el partido fascista de Quisling] pudieran ser responsables de las capitulaciones prematuras de algunos oficiales o de su desempeño pasivo cuando pudieron haber actuado con mayor vigor.”⁶⁰ Me parece una sospecha razonable.

La conquista de Francia a través de Bélgica

La caída de Francia, evento magno, ocupa mucho espacio en cualquier libro sobre la guerra mundial, y se incrusta en la memoria. Lo escrutaremos con cuidado. Pero hay que conocer primero Bélgica, porque hubo que entrar por ahí para tomar Francia.

Bélgica

En el mundo moderno, donde reina suprema en el discurso político la ‘autodeterminación de los pueblos’ (en realidad *de las étnias*), Bélgica es famosa por comprender dos grandes étnias distintas. En la región de Flandes, en el norte, se habla neerlandés, un idioma germánico relacionado con el bajo alemán y el holandés; en la región del sur, Valonia, se habla francés. La división política más importante en Bélgica era ‘católico’ contra ‘agnóstico’ y esta frontera de hecho coincidía más o menos con la frontera étnica, pues los flamencos tendían a ser católicos y los valones agnósticos.

En 1950 un analista lo explicaba así:

Los partidos, al igual que durante el siglo 19, continúan siendo clasificados en ‘derecha’ e ‘izquierda’ de acuerdo a su carácter religioso o agnóstico. A la ‘derecha’ se le considera lo mismo que el partido católico, y la ‘izquierda’ se identifica con los partidos liberal, socialista, y comunista. También es cierto que al partido católico se le considera políticamente conservador, y a la ‘izquierda,’ en términos generales, progresista. Y como la ‘derecha’ tiene mayoría en Flandes, y la ‘izquierda’ en Valonia, puede decirse, de forma muy generalizada, que las agrupaciones religiosas, políticas, y lingüísticas sitúan a los católicos, conservadores y flamencos contra los libres pensadores, progresistas, y valones. — Oppenheim (1950:99)

El partido católico belga, llamado Bloque Católico, era el partido “de las clases comerciales e industriales medias y altas, todo el clero, y la aristocracia.” Eso tiene sentido: “el Bloque Católico era generalmente conservador y sostenía que el Estado no debería interferir con el libre comercio *ni con la estructura jerárquica de la sociedad*” (énfasis mío).⁶¹

Había gente “hostil a la democracia parlamentaria” que buscaba algo todavía más derechista. Este grupo “escindió del Bloque Católico para formar dos partidos independientes, los Nacionalistas Flamencos [*Vlaamsh National Verbond* - VNV], y los Rexistas [sobre todo valones], quienes—bajo Léon Degrelle—navegaron hacia el fascismo y finalmente hacia la colaboración con los alemanes.”⁶² Los Nacionalistas Flamencos impulsaban “la francofobia y esteinl antibolchevismo”; los Rexistas “una cruzada semi-religiosa

contra la francmasonería, el comunismo, los capitalistas judíos, los socialistas pacifistas, e inclusive contra aquellos políticos católicos que no se oponían activamente al gobierno.”⁶³
Querían dictadura.

Aquí también había echado raíces el eugenismo. Albert Govaerts, aliado de Harry Laughlin y frecuentador del complejo eugenista de Cold Spring Harbor, había logrado instalar cursos eugenistas en la Universidad de Bruselas. En 1922, el gobierno había inaugurado una Oficina Nacional Eugenista en el distinguido Instituto Solvay.⁶⁴

Completando el cuadro, la aristocracia terrateniente belga tenía una tradición fuertemente racista y genocida. El Rey Leopoldo II, en una etapa anterior, había sido responsable de un sistema de extracción económica en el Congo descrita así por Bertrand Russell:

[A] cada población [nativa] se le ordenaba que trajera una cierta cantidad de hule—lo más que pudieran traer abandonando todo trabajo para su propia manutención. Si no traían la cantidad requerida, sus mujeres eran robadas y se les tenía como rehenes en los harems de los empleados de gobierno. Si este método fallaba, entonces tropas de nativos, muchos de ellos caníbales, eran enviadas a la población a sembrar terror, y cuando fuera necesario matando a algunos de los hombres; pero para evitar que se desperdiciaran balas, se les ordenaba que trajeran una mano derecha por cada bala utilizada. Cuando no le atinaban a su víctima, o cuando utilizaban balas para cazar animales, le cortaban las manos a gente viva para llenar la cuota. El resultado fue, según el estimado de Sir H.H. Johnston, confirmado por todas las demás fuentes imparciales, que *en 15 años la*

población nativa se redujo de unos veinte millones a tan solo nueve millones. —Russell (1934:451-456; énfasis mío)

La famosa novela *El Corazón de la Oscuridad* de Joseph Conrad, testigo presencial, inmortalizó este crimen impensable.

Resumiendo. En Bélgica la mayoría flamenca, de idioma germánico y orientación derechista, formaba el grueso del Bloque Católico donde se reunían la aristocracia belga, gran parte de las clases medias y altas, y todo el clero católico. Este partido dominante “había estado en el poder de forma continua desde 1884.”⁶⁵ Luego de formarse el VNV existía un segmento organizado todavía más derechista, y una extrema derecha también entre los valones, agrupada en el Partido Rexista. Había inclusive, como veremos más tarde, infiltración nazi alemana en la cima del Partido Socialista. La aristocracia belga, de tradición racista y genocida, se aliaba con el alto clero belga, sobre el cual el Vaticano—que tanto había apoyado el ascenso de Hitler (CAPÍTULO 11)—ejercía para estas fechas un control autoritario y absolutista. Comenzaba ya a impulsarse el eugenismo. La élite belga, pues, no era un enemigo natural del nazismo, y de hecho en los 1930s la fuerza electoral de la extrema derecha forzó—con el apoyo entusiasta del rey Leopoldo III—el abandono de los acuerdos de seguridad colectiva que se habían pactado con las democracias occidentales para defenderse de Alemania, declarando a Bélgica nuevamente ‘neutral.’⁶⁶

Una vez que se sostiene este contexto en la mente, el desenlace de la invasión alemana a través de Bélgica, que de otra manera resulta muy extraño, puede explicarse, y no faltan

los paralelos con los casos de Dinamarca y Noruega.

Los antecedentes: el ataque occidental de la Primera Guerra Mundial

La historia no se repite, dijo Mark Twain, pero rima. Quiero darle la razón, excepto que a veces sí parece—literalmente—repetirse. Los franceses, con la Primera Guerra Mundial todavía fresca, cometieron, en la *Segunda*, el mismo error clave, cuando el mismo enemigo lanzó—sobre el mismo terreno—la misma estrategia. Comparemos.

Famosamente, en la Primera Guerra, luego de establecer de ambos lados las trincheras, ni uno ni otro bando logró mover el frente occidental. Ésta fue “la temida guerra de posición que todo mundo estaba tratando de evitar,” pues todo mundo entendía que las nuevas tecnologías habían obrado una transformación táctica.⁶⁷

Los ejércitos más grandes con armas de gran extensión podían con mayor facilidad que anteriormente extender sus frentes en líneas defensivas y así evitar que fueran flanqueados o rodeados; las batallas serían menos decisivas. El defensor, aun si era derrotado en un ataque frontal, podía generalmente retroceder a otra posición defensiva, forzando al atacante a pagar otra vez el mismo precio tan alto por una nueva victoria parcial.—Hughes (1995:264)

Para evitar una guerra de posición, el Plan Schlieffen de los alemanes buscaba dar un golpe decisivo de inmediato, antes de que los franceses pudieran establecer una posición defensiva. Pero ¿cómo impedir que el país que defiende

establezca una posición defensiva? Es imposible. Es necesario que el defensor coopere, saliendo—absurdamente—al ataque. Esto precisamente hicieron los franceses: “la decisión de [general francés] Joffre [fue] lanzar sus ejércitos a medio entrenar y sin apoyo de artillería pesada contra posiciones alemanas preparadas en Alsace y Lorraine.”⁶⁸ Aunque esto fuera una tontería, los alemanes contaban con ello, esperando se honrara el convenio militar franco-ruso, que decía:

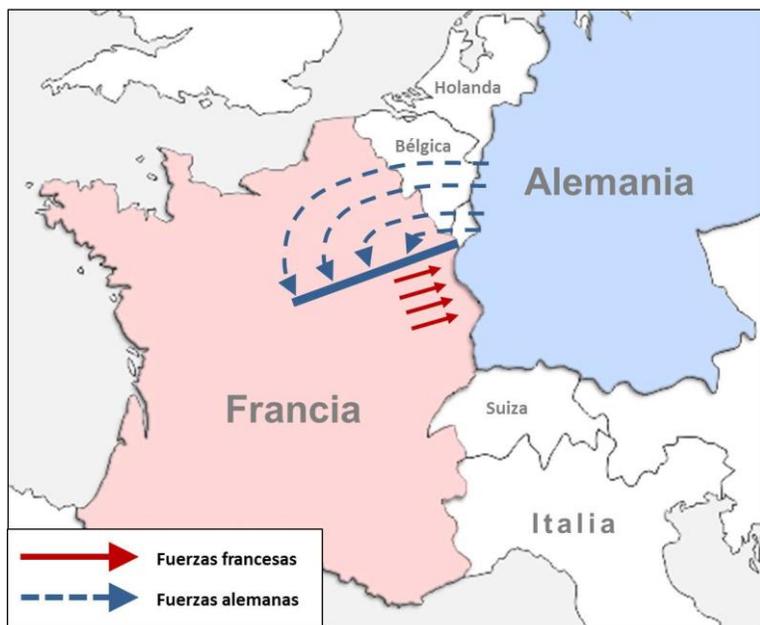
“Si Francia es atacada por Alemania, o por Italia con el apoyo de Alemania, Rusia utilizará todas sus fuerzas disponibles contra Alemania. Si Rusia es atacada por Alemania, o por Austria con el apoyo de Alemania, Francia utilizará todas sus fuerzas disponibles contra Alemania. ...*Estas tropas lanzaran una vigorosa y determinada ofensiva, forzando a Alemania a dar batalla en el Este y en el Oeste simultáneamente.*” —citado en Sagan (1986:164; énfasis mío)

Sagan, el historiador que cita lo anterior explica también lo siguiente:

Hay quienes sostienen... que los alemanes sabían que los franceses atacarían en Alsace-Lorraine y que ésta era la premisa fundamental del Plan Schlieffen. La sutileza de la ofensiva alemana era que, como dice Liddell Hart, “operaría como una puerta giratoria—entre más empujaran los franceses de un lado, más fuerte sería el latigazo del otro lado contra su retaguardia.” —Sagan (1986:160)

O sea, entre más rápido y más fuerte salieran los franceses, más desprotegida quedaría su retaguardia, dejando una invasión fácil a los alemanes, quienes, *entrando por*

Bélgica (ojo), girarían luego hacia el sur, atrapando a los ejércitos franceses—cuyo avance habían permitido—contra la frontera alemana. Eliminando así la resistencia francesa con un golpe rápido y certero, los alemanes se evitarían una larga guerra con dos frentes.



La puerta giratoria del plan de ataque alemán

“De hecho,” apunta Sagan, “el Plan Shlieffen estuvo a punto de funcionar y los alemanes casi ganan la guerra corta que pensaban pelear”; los franceses a duras penas detuvieron a los alemanes en La Marne.⁶⁹ Pero lo hicieron, y luego fueron estableciendo trincheras en carrera hasta el Atlántico para

evitar que los alemanes los flanquearan. A partir de este momento el enfrentamiento occidental fue de atrición: “una guerra de posición.” Era tan obvio que Alemania no podría ganar una guerra así—es decir, era tan indispensable que todo siguiera los supuestos del Plan Schlieffen, evitando una guerra de posición—que “cuando [el general alemán] Moltke... se encontró detenido en La Marne... cableó a su emperador: ‘Majestad, ¡hemos perdido la guerra!’ ” Aquella profecía le costó su puesto pero Moltke tuvo razón.⁷⁰

La historia se repite gracias a la ‘neutralidad’ belga

Ahora bien, previo a la *Segunda* Guerra, los franceses habían construido fortificaciones insuperables en la frontera franco-alemana, la famosa Línea Maginot, y por lo tanto todos, tanto alemanes como Aliados, estaban de acuerdo que el ataque alemán tendría que ser nuevamente por Bélgica y Holanda. Ahí los alemanes se enfrentarían a los ejércitos combinados de franceses, británicos, belgas, y holandeses.

Los estudiosos de la Segunda Guerra, durante mucho tiempo, estaban todos de acuerdo que la relación de fuerzas de los dos bandos era más o menos igual. En 1979, por ejemplo, dos analistas escribían que, “a pesar de la voluminosa literatura sobre la Caída de Francia [en la Segunda Guerra], prácticamente no hay desacuerdo sobre los hechos principales. ... Las fuerzas que se enfrentaron, de un lado y del otro... eran numéricamente iguales...”⁷¹ Bajo este supuesto de igualdad de fuerzas, es forzoso que la situación favorecía a los Aliados siempre que se establecieran defensivamente a esperar el ataque alemán, produciendo una guerra de posición. Más recientemente, sin embargo, la literatura sobre el ataque hacia

occidente—ahora más extensiva todavía—ha producido finalmente un desacuerdo. Estudios recientes, muy detallados, arguyen que “los armamentos alemanes eran inferiores a los Aliados en número y fuerza.” Los Aliados tenían casi el doble de unidades de artillería pesada; un superávit de 1085 tanques, y éstos de mayor calidad, sobre los alemanes; y 891 más aviones.⁷² O sea que si los Aliados establecían sus defensas y esperaban el ataque alemán *tenían una ventaja abrumadora, arrolladora*. Los alemanes no podían ganar.

Era razonable esperar que los franceses no saldrían corriendo al ataque, pues sería cometer otra vez el error de la Primera Guerra, y por lo tanto “las prioridades del programa armamentista [alemán] reflejan que se anticipaba una guerra estática.” En el programa alemán los tanques, por ejemplo, habían sido relegados a la “prioridad penúltima, y se les dedicaba tan solo el 5% del abasto de acero—menos que a la manufactura de alambre de púas, obstáculos, etc., para el combate de trincheras—.” Como se esperaba una repetición de la Primera Guerra, el plan inicial de Hitler no hablaba de un ataque relámpago de penetración *blitzkrieg* sino simplemente de ocupar todo el espacio posible y luego sentarse a destruir a cuanto enemigo se pudiera.⁷³ Sería una guerra de músculo industrial y no de operación táctica. Naturalmente que “los generales alemanes no estaban muy confiados de tener éxito, y cuestionaban el acierto de la empresa.”⁷⁴ Sin embargo Hitler estaba empeñado en atacar—él siempre quería atacar, fuera lo que fuera—. Y como siempre, había escogido ya una fecha perentoria.

Anteriormente Hitler se había salvado de sus locuras sólo gracias a los esfuerzos dedicados de los gobernantes occidentales (CAPÍTULO 13). Aquí sería lo mismo.

Cuando el General Erich von Manstein propuso a última hora una modificación al plan, proponiendo una penetración *blitzkrieg* hacia Francia por los bosques de las Ardenas en la frontera franco-belga—cuyas posibilidades técnicas fueron respaldadas por el General Hans Guderian⁷⁵—, el General Franz Halder, jefe del Estado Mayor del Ejército, optó por esta opción desesperada que por lo menos no *garantizaba* la derrota. “Si el plan de ataque sorpresa [por Las Ardenas] no funcionaba, las fuerzas alemanas y el programa armamentista de todas formas seguirían planeando para una guerra larga, de acuerdo a la orden de Hitler: ‘Junto con el ataque sorpresa debemos prepararnos para una guerra larga.’ ” Es decir, una guerra de posición, como en la Primera Guerra.⁷⁶

En trabajos históricos sobre la Segunda Guerra Mundial es común toparse con todo género de loas al genio táctico del ataque alemán por las Ardenas. Será bueno aquí moderar ese entusiasmo. El nuevo plan alemán no funcionaría a menos que los Aliados repitieran el increíble error táctico de la Primera Guerra: no quedarse quietos; pues si esperaban sentados en posiciones defensivas en la frontera germano-belga, o inclusive en la frontera franco-belga, los alemanes no podrían conquistar Francia. Para que funcionara el plan alemán, los Aliados debían esperar en la frontera *franco-belga* hasta el comienzo de la invasión alemana, y en ese momento (no antes) salir corriendo al ataque con todas sus mejores tropas. Si fuera poco, los Aliados debían dejar bastante desprotegidas las Ardenas y el interior de Francia vacío de tropas de reserva. Podría

entonces—pero solo así—repetirse la “puerta giratoria” del Plan Shlieffen, con dos diferencias: esta puerta giraría como las manecillas del reloj (la anterior había girado en contra), y esta vez girarían los franceses, no los alemanes. Así los alemanes, luego de escurrirse por la bisagra (las Ardenas) dentro de Francia, rodearían a los ejércitos aliados por detrás y los atraparían *en Bélgica*.

En otras palabras, el plan de última hora de penetrar por las Ardenas no tenía sentido alguno a menos que los alemanes tuvieran buenas razones para pensar que los Aliados harían todas las estupideces tácticas resumidas arriba. Más adelante veremos documentación para establecer que el Duque de Windsor comunicó esa inteligencia clave a los alemanes.

Desde el punto de vista diplomático, los requisitos indispensables para el éxito del nuevo plan alemán eran dos. Primero, que el Rey Leopoldo III de Bélgica—insistiendo en su ‘neutralidad’—prohibiera la entrada a los ejércitos aliados mientras no hubiera comenzado el ataque alemán. Segundo, que los Aliados, no obstante esa necesidad de Leopoldo—un regalo para el enemigo—de todas formas consintieran en defender a Bélgica en lugar de esperar a los alemanes en la frontera franco-belga. ¿Por qué? Porque solo bajo estas condiciones conjuntas saldrían corriendo los Aliados desde la frontera franco-belga *al iniciar el ataque alemán*, como precisaba el plan de éstos.

Hitler había demostrado en Dinamarca y Noruega que le importaba un comino la neutralidad y sobraba información sobre sus intenciones: violar la neutralidad belga—como había hecho el káiser en la Primera Guerra—para atacar a Francia. ¿Qué razón tendría Leopoldo—ausente en asuntos de gobierno

excepto para garantizar este resultado⁷⁷— para su necia política de ‘neutralidad’? ¿Y qué razón tendrían las dirigencias aliadas para comprometerse con la defensa de Bélgica cuando la necesidad de Leopoldo ponía a sus países en peligro?

Porque—hemos de recalcar—las dirigencias aliadas, igual que la belga, sabían perfectamente que Hitler atacaría por Bélgica.

Los documentos nazi de invasión de Bélgica, luego del aterrizaje forzado en Bélgica de Helmut Reinberger, habían sido consistentes con la información del Coronel Sas, el agregado militar holandés en Berlín, que era “muy amigo del Coronel Oster,” cabecilla de las conspiraciones contra Hitler, y “cenaba a menudo en su casa.” Aunque Hitler se hubiese volcado primero sobre Dinamarca y Noruega, y eso pudiera generar cierta duda sobre Sas, “la advertencia de 10 días que había dado Sas de la invasión de Dinamarca y Noruega, con información proveída por Oster, y su predicción de la fecha exacta, parecían haber restaurado su prestigio.”⁷⁸ Había, pues, que tomarse en serio sus nuevas advertencias sobre la inminente invasión de Bélgica. Escribe William Shirer:

El 3 de mayo Oster le dijo a Sas que el ataque alemán en el occidente a través de Holanda y Bélgica comenzaría el 10 de mayo, y el agregado militar inmediatamente se lo comunicó a su gobierno. Al día siguiente La Haya recibió confirmación de esto de su enviado en el Vaticano. Los holandeses inmediatamente se lo comunicaron a los belgas. El 5 de mayo era un domingo y al ir pasando la semana se volvió obvio para quienes estábamos en Berlín que el golpe en el occidente sería en los siguientes días. El 8 de mayo... los censores militares [alemanes] dejaron

pasar una alusión oblicua en mi programa de radio a que pronto comenzaría la acción en el occidente, incluyendo Holanda y Bélgica.

El 9 de mayo Oster y Sas cenaron juntos por lo que sería la última vez. El oficial alemán confirmó que la orden final se había dado para el ataque en el occidente en la madrugada del siguiente día. ...Sas le informó al agregado militar belga y luego le habló a La Haya desde su legación.—Shirer (1960:716)

Si todo eso fuera poco, “los Estados Mayores holandeses y belga tenían ya información de su propia inteligencia fronteriza que los alemanes estaban concentrando cincuenta divisiones en las fronteras.” Sin embargo, “no se había dado ninguna consulta de los Estados Mayores [con franceses y británicos] para que los defensores pudieran combinar sus planes y recursos con máxima ventaja.”⁷⁹

Pero falta lo peor: *Hitler fue avisado que no habría tropas aliadas en la frontera germano-belga.*

A principios de 1940 el Consejo de Guerra Aliado se había reunido para discutir los documentos capturados de Reinberger sobre el plan de invasión de Bélgica y el peligro de un ataque alemán. Según lo enviado a Berlín por el Conde Julius von Zech-Burkersroda, el ministro nazi en La Haya, el Duque de Windsor (el abdicado Rey Eduardo VIII de Gran Bretaña), un ardiente pro nazi (CAPÍTULO 14), había soplado el contenido de esa junta. El reporte de Zech dice:

El Duque de W[indsor]... ha dicho que el Consejo de Guerra Aliado dedicó una discusión comprehensiva en su última junta a la situación que obtendría si Alemania invadiera Bélgica. Se hizo referencia a lo

largo de toda la junta a un plan de invasión alemana encontrado, según dicen, en un avión que hizo un aterrizaje forzado en Bélgica. Del lado militar, se dijo que el mejor plan sería centrar el esfuerzo de resistencia principal *detrás de la frontera franco-belga, aunque ello implicara correr el riesgo de que Bélgica fuera ocupada por nosotros.*⁸⁰ (énfasis mío)

Esto es importante. Si había “riesgo” de que los alemanes ocuparan Bélgica entonces los Aliados no planeaban esperar en la frontera franco-belga sino disputar el control de Bélgica con los alemanes, lo cual implica *salir corriendo desde la frontera franco-belga justo al comenzar el ataque alemán.* Esto era óptimo para los nazis. Es decir, Windsor filtró que habría de repetirse el increíble error táctico de la Primera Guerra Mundial.

¿Qué faltaba? Dejar delgada la defensa de las Ardenas y avisar de eso también a los alemanes. Lo primero sin duda se hizo—el General Gamelin, jefe de las fuerzas armadas francesas, insistió en que los alemanes no podrían atravesar el bosque de las Ardenas y colocó pocas fuerzas ahí—. Lo segundo quizá lo hiciera otra vez el Duque de Windsor.

Chamberlain y Churchill habían convertido a Windsor en miembro de la Misión Militar Británica con el Alto Mando Francés. Esto permitió al duque hacer una inspección personal de los preparativos militares franceses poco antes del ataque alemán por Bélgica. Como explica recientemente el *Sunday Times* de Londres, Windsor preparó

[un reporte] tan completo como bien armado, criticando la falta de preparación de los franceses y la inmovilidad de sus posiciones de artillería. Aquello

deja claro que *un ataque alemán contra las defensas ligeras que había en las Ardenas... probablemente tendría éxito.*⁸¹ (énfasis mío)

En el año 2000, el libro *Hidden Agenda* del autor Martin Allen causó sensación en Gran Bretaña cuando acusó que Windsor había comunicado ese análisis a los alemanes. Según el autor, cuando su padre, Peter Allen, investigaba en la posguerra la relación entre la aristocracia británica y los nazis,^{*} recibió de Albert Speer, alto ministro de Hitler cumpliendo su condena en prisión, una carta que según expertos de Allen está en el puño y letra de Windsor. Escrita en alemán (idioma que Windsor manejaba bien), y firmada “EP” como a veces hacía Windsor (“Edward Prince”), iba a dirigida a Hitler (“Dear Mr. Hitler”). La carta hace referencias veladas a la inspección que hiciera Windsor de las defensas francesas y pide poner atención a los detalles memorizados por quien la entrega, el “Sr. B.” La carta “parece sugerir que el duque está dispuesto a reocupar el trono británico luego de que Gran Bretaña sea presionada a firmar una paz [favorable a Alemania].” Allen piensa que el misterioso “Sr. B.” era Charles Bedaux y que la confidencia memorizada aconsejaba una penetración por las Ardenas. Se apoya en los contactos personales, bien documentados, de Bedaux con Windsor y con miembros del Tercer Reich (incluido Hitler) por estas fechas.

Expertos del *Times* de Londres expresaron sospechas sobre la autenticidad de la carta.⁸² El *Daily Mail* se quejó amargamente: Allen escribe tonterías, no es historiador, la

^{*} Peter Allen escribió *The Crown and the Swastika* (Allen 1983), luego retitulado *The Windsor Secret : New Revelations of the Nazi Connection*.

supuesta carta de Windsor es un fraude, y los historiadores ‘respetables’ todos han exonerado al Duque de Windsor de sus presuntas simpatías pro nazis. Como respaldo, el *Daily Mail* nos refiere a la reseña que hizo del libro de Allen el biógrafo oficial (y apologista) del Duque de Windsor, Phillip Ziegler.⁸³

¿Cómo evaluar esta controversia? No puedo descartar categóricamente la posibilidad de una falsificación, pero creo oportuno enfatizar aquí algunos detalles del contexto.

En mi opinión los periódicos mencionados son partes interesadas. Geoffrey Dawson, editor del *Times* durante los 1930s, cuando su periódico apoyó el ‘apaciguamiento’ de Baldwin y Chamberlain, era miembro del *Cliveden set*, una influyente camarilla pro nazi en la cima de la aristocracia británica (CAPÍTULOS 12 y 13). El *Daily Mail*, cuyas porras al ‘apaciguamiento’ quizá fueran más extremas (CAPÍTULO 12), era propiedad de Lord Rothermere, financiero del nazismo, alcahuete enérgico de aristócratas británicos e influyentes nazis, y colaborador de Chamberlain para establecer un control totalitario sobre la prensa y así blandirla en apoyo de Hitler (CAPÍTULO 14). Si *estos* periódicos se ofenden ruidosamente de escuchar que Windsor sea llamado ‘pro nazi,’ ¿no será que se protegen a sí mismos?

Repasemos lo que nadie niega. Windsor, luego de casarse en el castillo de Charles Bedaux—amigo de Heinrich Himmler (CAPÍTULO 18)—con Wallis Simpson—sospechada por varios funcionarios británicos de ser agente de Hitler—, celebró su luna de miel *con Hitler* y se le vio haciendo el saludo nazi a las tropas alemanas (CAPÍTULO 14). Nada de *eso* está en disputa. En este contexto, el calor emocional del *Times* y del *Daily Mail* para—sobre la autoridad *ad hominem* de

historiadores ‘respetables’—exonerar a Windsor de haber tenido simpatías pro nazis me parece cómico.

Años más tarde habría un esfuerzo más competente por desprestigiar a Martin Allen. En 2008 una investigación de los Archivos Nacionales de Gran Bretaña “descubrió que 29 documentos en 12 archivos distintos todos eran falsificaciones insertadas en sus registros.” Curiosamente, eran documentos clave para sustentar las afirmaciones de Allen en dos libros (sobre otros temas) escritos después de *Hidden Agenda*. Es curioso, también, que estas falsificaciones eran *pobrísimas*; de calidad suficiente, quizá, para engañar a un mero historiador que consulta los Archivos Nacionales confiando en sus custodios—¿pero a un archivista profesional?—. ¿Cómo es posible que fueran ingresadas? Allen, “devastado,” dijo sospechar que le habían ‘puesto un cuatro’ (“I think I have been set up”).

El *Sunday Times* hace notar que Scotland Yard interrogó a Martin Allen por sospechar de él, y que

Mike O'Brien, procurador general, dijo en una respuesta parlamentaria que el *Crown Prosecution Service* [CPS - Servicio de Acusación de la Corona] había decidido que la evidencia contra Allen era suficiente para ‘tener un prospecto razonable de condena legal.’ El CPS había decidido, empero, que no era en el interés público proceder. Dijo que “la salud [de Allen] y otras circunstancias” habían contribuido a la decisión. No hubo más explicaciones.⁸⁴

Aquí hay dos problemas obvios. El primero es que si Allen es culpable, entonces es un falsificador harto

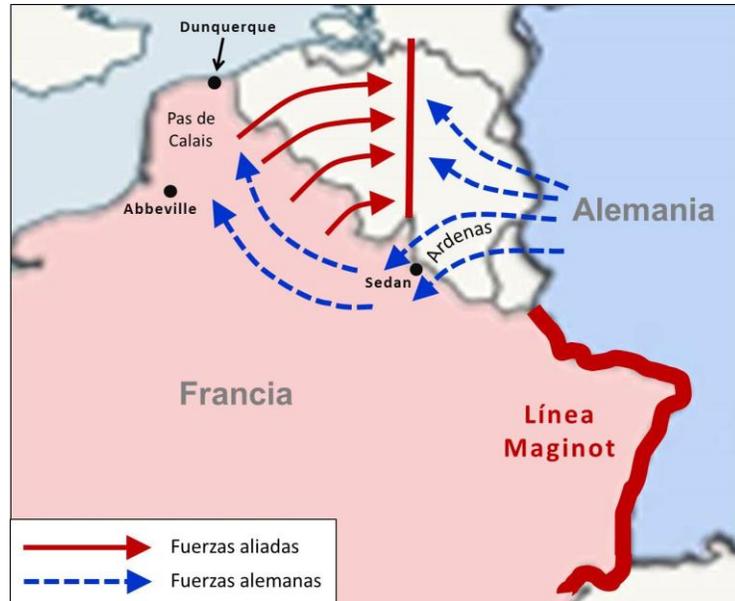
inconsistente, pues el *Sunday Times* sigue sin reportar una *demonstración* de que la carta en el centro de la controversia original—el libro *Hidden Agenda*—haya sido falsificada, y nos refiere nuevamente a las meras “sospechas” de sus expertos, contratados una década atrás. Uno de ellos había dicho sobre la presunta carta de Windsor que era “probablemente resultado de un *hábil* esfuerzo de falsificación” (énfasis mío)—tan hábil que aun expertos contratados por una parte interesada no se atreven a arriesgar una opinión definitiva—. ⁸⁵ Pero si Allen era tan hábil, ¿por qué fueron tan pobres sus falsificaciones subsecuentes?

El otro problema es que al acusar a Allen en público sin enjuiciarlo el *Crown Prosecution Service* manchó la reputación del historiador sin arriesgarse a que fuera exonerado. Si la evidencia en contra de Allen no era muy buena, pero se quería de todas maneras desacreditarlo, ésta era la estrategia óptima. ¿Será entonces que el CPS es otra parte interesada y busca proteger la reputación de la monarquía? Está muy lejos de ser absurdo. El *Sunday Times* cooperó con la estrategia, recalando que las anteriores afirmaciones de Allen sobre Windsor en *Hidden Agenda* habían sido desprestigiadas.

¿Avisó Windsor o no a Hitler sobre la posibilidad de una penetración por las Ardenas? No sé. Pero al parecer Windsor sí coló al *führer* que los Aliados esperarían en la frontera franco-belga para salir corriendo desde ahí al momento del ataque alemán (arriba). No es precisamente descabellado afirmar, por lo tanto, que también avisara sobre las Ardenas. Y la cronología empata, porque Windsor inspeccionó las defensas francesas *poco antes del ataque alemán*, y el plan alemán para

atacar por las Ardenas fue, como vimos, *un cambio de última hora*.

Hitler atacó el 10 de mayo.



Mayo 1940: Los movimientos de las fuerzas aliadas (franco-británicas) y alemanas

La desastrosa ‘defensa’ británica de Noruega había desprestigiado irremediablemente a Neville Chamberlain, y fue reemplazado como primer ministro por Winston Churchill el mismo 10 de mayo. “‘Fue una ironía, o una fatalidad histórica,’” escribió Liddell Hart, “‘que Churchill hubiera logrado su oportunidad de poder supremo debido a un fiasco

[Noruega] del cual él era el principal responsable.’”⁸⁶ Bajo la hipótesis alternativa no hay ironía ni tampoco fatalidad histórica: fue una transferencia de poder preacordada por un grupo coludido en la cima (CAPÍTULO 16). Chamberlain no se fue a ninguna parte: se quedó como *Lord President*, como líder del Partido Conservador, y como miembro del Gabinete de Guerra, mientras que su Ministro de Relaciones Exteriores, Lord Halifax, permaneció en su puesto.⁸⁷

Cuando los alemanes atacaron, “un gran ejército anglo-francés se lanzó a toda velocidad en dirección noreste desde la frontera franco-belga a la línea principal de defensa belga en los ríos Dyle y Meuse, al este de Bruselas.” Y “esto es precisamente,” añade Shirer, “lo que el Alto Mando alemán quería.”⁸⁸ Los alemanes “lanzaron un ataque sobre la bisagra [de la ‘puerta giratoria’] del movimiento aliado, en Sedán,” a través de las Ardenas.⁸⁹ Ellos sabían que no había fuerzas de reserva francesas detrás de las defensas delgadas en ese segmento de frontera, y contaban con ello, *pero es insólito que los franceses no hubieran dejado fuerzas de reserva*.⁹⁰ Luego de penetrar por las Ardenas, los *panzers* alemanes se encontraron con un país vacío de resistencia. “Para los alemanes todo salió de acuerdo al plan, o mejor... Su éxito excedía los anhelos más caros de Hitler. Sus generales estaban atónitos por la velocidad relámpago y la extensión de sus victorias.”⁹¹

Sobra información para anticipar el ataque por las Ardenas

Según me explicaron en la escuela, los franceses nunca imaginaron que los tanques alemanes pudieran entrar por la

región de las Ardenas. Pero “quienes nos encontrábamos en Berlín,” dice William Shirer, “nos preguntábamos por qué estas tácticas alemanas habían representado semejante sorpresa para los líderes aliados. ¿Qué no habían demostrado las tropas de Hitler su efectividad en Polonia?”⁹² Si la hipótesis de la estupidez en la dirigencia occidental requiere afirmar que los periodistas en Berlín entendían las posibilidades tácticas mejor que los comandantes aliados, entonces nos pide demasiado.

Como antes mencionamos, antes del ataque, los británicos habían recibido del Duque de Windsor un análisis “tan completo como bien armado” sobre la posibilidad de un ataque alemán por las Ardenas, pero ese reporte, dice el *Sunday Times*, “nunca fue tomado muy en serio por los militares británicos.”⁹³ Ésa es una hipótesis. Otra es que se lo tomaron muy en serio, y por eso, como afirma Martin Allen (arriba), se aseguraron de que Windsor informara a Hitler de lo fácil que sería penetrar por las Ardenas.

Pero aun descartando el reporte de Windsor, los historiadores reconocen que a los Aliados *les sobraba información* para anticipar el ataque por las Ardenas. Un artículo que intenta resolver el problema recalca:

Información que debió haber alertado al Alto Mando Francés que su percepción de las cosas era demasiado estrecha les estaba llegando de varias fuentes, como lo han demostrado varios estudios detallados. Como comenta Horn en su trabajo reciente (p.168):

“...Queda por explicar por qué, a pesar de las lecciones de la campaña polaca [de los nazis], a pesar de las advertencias de De Gaulle (y otros), y a pesar

de las repetidas advertencias secretas sobre las intenciones de Hitler... [el comandante francés] Gamelin parecía estar ciego a los peligros de los oscuros bosques de las Ardenas.”

En vez de anticipar este peligro, habiendo decidido desde un principio que ese territorio [de las Ardenas] era ‘impenetrable’ por los tanques, el Alto Mando se aferró a su creencia muy a pesar de la evidencia. — Bennet & Dando (1979:30)

Queda por explicar. Si algo tan importante como la falta de previsión aliada en las Ardenas “queda por explicar,” ¿por qué no se busca otra hipótesis? Según Bennet & Dando la evidencia refuta que los comandantes aliados “estuvieran mal informados, o simplemente fueran estúpidos, o ambos.”⁹⁴ Y sin embargo lo que proponen, como vemos arriba, es otra vez la misma idea de la estupidez bajo otro nombre: los comandantes aliados fueron *nechos*: “el Alto Mando *se aferró* a su creencia muy a pesar de la evidencia.” Es una mala hipótesis. La mera necedad difícilmente logra explicar que todo saliera como si la defensa de Europa Occidental la hubiesen planeada los mismos alemanes.

Los ejércitos occidentales son rodeados

El 14 de mayo los alemanes avanzando por las Ardenas penetraron en Sedan, y en vez de avanzar hacia Paris siguieron un arco un poco al sur de la frontera franco-belga. Con este trayecto fueron atrapando contra el mar al ejército belga y a las tropas aliadas que habían entrado a Bélgica, las cuales comprendían una buena parte del ejército francés, y todo el *British Expeditionary Force*.

Al día siguiente de la penetración por Sedán, el Rey Leopoldo de Bélgica predijo ante su Primer Ministro Hubert Pierlot, a la perfección, lo que iba a suceder (¿pero cómo lo sabía?): en una semana, las tropas alemanas llegarían a Pas de Calais en el norte de Francia y se sellaría la trampa. En ese caso, contestó Pierlot, había rápido que adentrar a las tropas belgas en Francia, pues era todavía posible y así no serían atrapadas. El rey, el comandante en jefe del ejército belga, impuso la negativa—movilizaría sus tropas al norte (¡a la trampa!)—. “Pierlot creyó no haber oído bien. Pero entonces ¿cómo podrían continuar cooperando con los Aliados?, preguntó. Los Aliados no eran aliados de Bélgica, contestó Leopoldo, sino los garantes, nada más, de la neutralidad belga. ‘Bélgica estaba defendiendo su independencia,’ insistió [Leopoldo]; ‘no estaba obligada a colaborar con las metas de guerra de sus garantes.’”⁹⁵ El argumento de Leopoldo es notable 1) por su total ausencia de honor o ética; 2) por la ausencia de cualquier razonamiento estratégico; y 3) por la enorme ventaja que su decisión confería sobre la ofensiva alemana.

Al día siguiente Pierlot y otros dos ministros discutieron acaloradamente con el rey, exigiendo fueran adentradas las tropas belgas en Francia. Cuando el rey vio que no los convencía alegó que aquello no se podía sin una orden del Alto Mando Aliado (¿!). O sea: al demonio con el Alto Mando Aliado si aquello le da una ventaja a Hitler, pero habrá de consultarse al Alto Mando Aliado si la demora que esa consulta implica le dará, nuevamente, una ventaja a Hitler. Pierlot se llevó la impresión, en sus palabras, de que

“la retirada del ejército belga dentro del territorio nacional, con su espalda contra el mar, aislado de los ejércitos Aliados, sin otra salida que la capitulación, era conceptualizada [por el rey] no como una eventualidad forzada por eventos que no podíamos controlar, sino un desenlace preferible a... salir del territorio belga [para poder seguir peleando].” —citado en Binion. (pp.219-222)

Mientras tanto, al sorprendido líder nazi todo esto le parecía francamente demasiado. Era tan extremo el éxito de los ejércitos alemanes, avanzando sobre el margen francés de la frontera franco-belga sin toparse con tropa enemiga, y completando así cómodamente el rodeo de los Aliados en Bélgica, que no lograba sacudir una negra sospecha. “Hitler paró sus tanques por primera vez el 17 de mayo debido a sus temores de tener expuesto el flanco sur y a su incredulidad,” explica el historiador Tobias Jerzak. “Durante el avance de los tanques alemanes a la costa del Canal [de la Mancha] Hitler estaba cerca de un colapso nervioso y esperaba con temor una gran trampa de los Aliados.”⁹⁶

Los generales, que no veían trampa alguna, no lograban convencer a su *führer*. Finalmente Hitler se atrevió a dar la orden de investigar y los tanques avanzaron hacia el Canal de la Mancha. “Para sorpresa de Hitler, en la noche del 20 de mayo, la Segunda División Panzer llegó a Abbeville, en la desembocadura del Somme. Los Belgas, el B.E.F. (*British Expeditionary Force*) y tres ejércitos franceses estaban atrapados.”⁹⁷ Con el Rey Leopoldo siempre inamovible, al siguiente día los alemanes llegaron a Pas de Calais, a tiempo para cumplir la predicción del monarca y sellando por completo la ruta de escape.

¿Se había perdido todo?

Para los Aliados la única forma de recuperarse de este rodeo desastroso era que los ejércitos belgas se dirigieran al suroeste, se liberaran del sexto ejército alemán que ahí los atacaba, pelearan a través de la cuña blindada alemana que se estiraba a lo largo del norte de Francia hasta el mar, y que se reunieran con las fuerzas francesas frescas que empujaban hacia el norte desde el Somme. Esto fue precisamente lo que ordenó el General Gamelin en la mañana del 19 de mayo, pero fue reemplazado por el General Maxime Weygand quien inmediatamente canceló la orden... — Shirer (1960:728)

¿Por qué canceló la orden? Dice Shirer: Weygand explicó que “quería conferir primero con los comandantes aliados en Bélgica antes de tomar una decisión. Así, se perdieron tres días antes de que Weygand diera precisamente la misma orden [que había dado Gamelin],” la única orden que tenía sentido militar.⁹⁸ Sobre Weygand no hay duda alguna: era un traidor (más adelante). Los alemanes aprovecharon bien el tiempo que les regaló y para el 24 de mayo los Aliados estaban atrapados en un pequeño triángulo. La única esperanza (improbable) parecía ser una evacuación marítima desde el puerto de Dunquerque.

Hitler había ganado. Faltaba solo exterminar a los soldados atrapados. ¡Pero los dejó escapar!

Una orden “inexplicable”

El mismo 24 de mayo el General Guderian recibió órdenes de no avanzar hacia las tropas Aliadas. Los generales Halder y

Brauchitsch—debieron arrancarse los pelos—se opusieron con vehemencia. Pero no lograban convencer a Hitler. Shirer en 1960 calificaba la orden de “inexplicable” y el consenso de los historiadores que entrega en 2009 el resumen de la *Encyclopaedia Britannica* es el mismo: “inexplicable.”⁹⁹

Inexplicable.

A falta de explicación los historiadores—si son científicos—habrán de buscar otra hipótesis, una que sí empate con la evidencia. Pero ya fueron tres cuartos de siglo y un evento clave sigue sin descifrarse. ¿Será que resolver este enigma es atentar contra la interpretación oficial?

Repasemos lo sucedido. Después de patear dos días enteros Brauchitsch logró convencer a Hitler de rescindir su orden y avanzaron nuevamente los tanques el 26 de mayo. Pero en la demora los soldados aliados habían preparado defensas alrededor de Dunquerque. Ya no serían fácilmente exterminados. El mismo 26, el británico Lord Gort, aplicando la política de su primer ministro Winston Churchill, ordenó a las tropas acorraladas en Dunquerque replegarse hasta el mar para ser evacuadas. Al día siguiente tropas belgas fuera de esa trampa extendieron su frente para ayudar a franceses e ingleses intentar pelearse un camino hacia el sur. Pero bastó un día más para que el Rey Leopoldo de Bélgica ordenara un alto a ese esfuerzo, con lo cual se selló la trampa de Dunquerque, forzando la evacuación ya ordenada por Churchill.¹⁰⁰ El grueso de los soldados pudo escapar, pero sólo gracias a la orden “inexplicable” de Hitler.

William Shirer no se convence pero sí pone sobre la mesa una hipótesis limitada para explicar aquella orden.

Cuando indagó en la posguerra con Halder, éste dijo en una carta que *Hermann Goering*—aprovechando que Hitler temía nuevamente estar cayendo en una trampa—había insistido que la *Luftwaffe* debía ser quien ganara esta victoria final. El nervioso y supersticioso *führer* pudo así quedarse al margen, sin arriesgar sus ejércitos.¹⁰¹

Hay que tomarse en serio el testimonio de Halder, participante y testigo. Pero, ¿es razonable su afirmación? ¿Hemos de creerle que Goering pudiese haber tenido aquí semejante influencia? Yo pienso que sí.

La importancia de Goering

Después de la guerra, los altos nazis detenidos en Nuremberg ‘confesaron’ que todas las decisiones las tomaba el todopoderoso e incuestionable Hitler. “Inclusive el masivo Goering,” escribió DeWitt C. Poole en un artículo de 1946 publicado en *Foreign Affairs*, “hablaba de las decisiones arbitrarias de Hitler como si fueran tan incuestionables como un cambio del clima.”¹⁰² Poole afirma sobre estas ‘confesiones’ que le parecen contener “una medida sorprendente... de testimonio honesto.”¹⁰³

¿Se chupa el dedo Poole? ¿O nos da atole con el mismo? ¿No es obvio que aquellos criminales, responsables de asesinar pueblos enteros, eran capaces de decir cualquier cosa? ¿Y no habrían de decir cualquier cosa—en especial—a la hora de ser enjuiciados, para minimizar así su responsabilidad y verterla toda sobre el difunto Hitler? Ninguna de esas ‘confesiones’ que achacan toda la responsabilidad a Hitler es tan sospechosa como la de Goering.

Hemos examinado ya la evidencia abundante sobre los hilos que tiraban del loco *führer*. Como antes vimos (CAPÍTULO 7), Hitler fue, en parte, una creación de la oficialía militarista prusiana, y el más importante de todos sus padrinos había sido, precisamente, *Hermann Goering*. Éste había hecho contribuciones generosas a los fondos del partido y al sueldo de Hitler, y proporcionó una ayuda crucial en la organización de las fuerzas paramilitares del Partido Nazi. Luego está su trabajo, invaluable, de relaciones estratégicas, presentando al nuevo líder con influyentes y poderosos.

Cuando Goering regresó a Alemania en 1927 luego de su exilio tras el fallido golpe de 1923, se dedicó con singular energía a expandir su círculo de amigos en las clases altas. Para 1928 se había vuelto nuevamente indispensable como la cara ‘respetable’ del nazismo, añadiendo al partido muchos nuevos miembros de la oficialía prusiana, y patrocinadores aristocráticos e industriales. Inclusive reclutó al príncipe August Wilhelm, “el único miembro de la familia Hohenzollern que se puso la camisa parda del S.A.” Goering reclutó al banquero Hjalmar Schacht, al industrial Fritz Thyssen, y a muchos otros decisivos para el éxito financiero y político del nazismo. Hitler pensaba llegar al poder a través del Presidente Hindenburg (como en efecto lo hizo), y a Hindenburg se llegaba por medio de Goering, amigo del presidente.¹⁰⁴

La deuda con Goering era incalculable y Hitler estaba agradecido. Tanto, que inventó para Goering un título especial: *Reichsmarschall*. Los otros altos nazis ya no podrían confundirse sobre quién era el favorito y número dos.¹⁰⁵ Pero sobraba evidencia, sin aquel título, para establecer su estatus:

Goering acumuló puestos como un demente acomplejado; era el gobernante de Prusia, comandante de la *Luftwaffe* (1935), cabeza del Plan de Cuatro Años (1936), y el sucesor designado de Hitler. En 1938 quiso también controlar el ejército, pero Hitler lo impidió—semejante concentración de autoridad le pareció demasiado—. —Bell (1997:81)

Todo lo anterior explica que Goering tuviera una enorme influencia sobre el atormentado mental de su *führer*.

Los ejemplos abundan. Los generales alemanes naturalmente se oponían a la reocupación de Renania en 1936, pues temían que los tres batallones seleccionados para la operación serían prontamente destruidos por los franceses (CAPÍTULO 12). Como reportó a Londres Sir Eric Phipps, embajador británico en Berlín, el responsable de presionar a favor de esa acción—por encima de las objeciones de los generales—había sido Hermann Goering, totalmente convencido de que no pasaría nada.¹⁰⁶ En la cuestión de España, “Hitler consultó a Goering pero no a Ribbentrop [que pronto sería su ministro de relaciones exteriores] antes de entrar a la Guerra Civil Española en 1936.” Goering dominó también con Hitler el proceso del *Anschluss* con Austria.¹⁰⁷ Y la oposición inamovible de Goering a la conquista de Suecia evitó la ocupación alemana de aquel país (Karin, la primera—y ahora difunta—esposa de Goering había sido sueca y él había prometido al rey de Suecia dejar exento a su país). Willi Frischauer, biógrafo del *Reichsmarschall*, escribe que “Hitler rara vez se enfrentaba a Goering, cuyos desplantes de fe y lealtad a menudo lo desarmaban.”¹⁰⁸

El historiador Richard J. Overy, en un artículo sobre la estrategia aérea de Hitler, comenta que

Hitler sentía un fuerte compromiso personal con Goering. ...Hablaban de Goering como de “un segundo Wagner” en la amplitud de su imaginación y cultura. En otra ocasión le dijo a su staff: “el *Reichsmarschall* y yo hemos vivido muchas crisis juntos. En ocasiones como esas no hay mejor consejero que el *Reichsmarschall*: ...es brutal y frío como un témpano... no hay mejor que él, no puede encontrarse uno mejor.” —Overy (1980:417)

Toda esta evidencia refuerza el cuadro documentado anteriormente, cuando defendimos que Hitler—y la mayoría de los altos oficiales militares alemanes—no estaban al tanto de la gran conspiración occidental que todo lo manipulaba a favor del nazismo (CAPÍTULO 7 y CAPÍTULO 13). Pero esa conspiración necesitaba que alguien cerca de Hitler velara sus decisiones. Ese ‘ángel guardián’—o uno de ellos—era Goering.

En todo caso no existe obstáculo para imaginar que muchas de las decisiones incuestionables del *führer* comenzaban como sugerencias sopladas en su oído por Hermann Goering. Sin duda Goering tuvo el peso necesario para influir sobre Hitler en Dunquerque, deteniendo los tanques alemanes aunque ya estaba ganada la batalla final.

Empero, a diferencia de Hitler, Goering no sufría de colapsos nerviosos que lo tiraban al suelo a morder la alfombra. Si no estaba loco, ¿por qué entonces presionaría a su *führer* para que atacara exclusivamente con aviones a las tropas acorraladas en Dunquerque? Halder especula que Goering quería cubrirse de gloria ganando la victoria final. Pero de

aceptar esto nos clavamos en un nuevo absurdo. Cualquiera que haya vivido sobre el Canal de la Mancha (yo pasé ahí un año en mi adolescencia) puede entender perfectamente la frustración de Brauchitsch y Halder, pues esta zona tiene nubes y neblina *prácticamente todo el año*: no es lugar para un ataque aéreo cuando ya se tiene rodeado al enemigo con tropas terrestres. En estas fechas, como de costumbre, había mucha neblina. Goering—un piloto decorado, con vasta experiencia—debía saber que en vez de gloria se cobraría una vergüenza. Su *Luftwaffe*, naturalmente, no pudo ganar la victoria prometida.¹⁰⁹

Pero entonces ¿qué hacia Goering?

La hipótesis que defiende—que las aristocracias occidentales usaban a Hitler para un golpe de Estado derechista paneuropeo—produce aquí una solución. Dice así. La aristocracia británica temía no poder sobrevivir el fiasco del exterminio de los ejércitos aliados y el *British Expeditionary Force*, o que fueran todos capturados. Era preciso evacuar a los soldados acorralados en Dunquerque para evitarse una revolución, festejando con el público británico por lo menos la ‘victoria’ de la *no derrota (total)*. Entonces, Hermann Goering—coludido con las élites británicas—presionó a Hitler para impedir que destruyera los ejércitos Aliados.

¿Tiene sentido esta hipótesis? Está muy lejos de ser imposible. Ahora explicaremos por qué.

Goering y la aristocracia británica

En 1936, luego de la abdicación de Eduardo VIII, Goering quiso asistir en representación de Hitler a la coronación de

Jorge VI, pero se armó un escándalo. Ellen Wilkinson del Partido Laborista británico en público exigió una garantía de que Goering no sería invitado.¹¹⁰ El diario *Daily Worker* organizó una protesta.¹¹¹

Según Willi Frischauer, cuya biografía del *Reichsmarschall* se publicó en 1951, Goering de todas formas fue a Londres, pero “un muy conocido miembro de la nobleza británica que se había vuelto amigo de Goering corrió a la embajada a disuadirlo de hacer alguna cosa inoportuna.” Goering se regresó en secreto a Alemania y nadie se enteró. No nos dice Frischauer quién era el “muy conocido miembro de la nobleza británica,” tan amigo de Goering, pero el punto es que Goering tenía amigos influyentes en esa aristocracia.¹¹²

Y aquel no era el único.

El embajador Sir Neville Henderson, figura clave del ‘apaciguamiento,’ era “frecuentemente invitado a *Karinhall*,” el mausoleo extravagante de Goering para su primera y difunta esposa Karin. Basándose en lo que el propio Henderson escribió, Frischauer afirma que le tenía “un real afecto personal” al *Reichsmarschall*.¹¹³

Lord Londonderry lideró a un grupo de aristócratas británicos pro nazis. Éstos, en la crisis de Renania, delataron “el grado al cual la opinión conservadora [británica] había sido seducida por los argumentos alemanes.” Aquellos argumentos, explica el historiador D.C. Watt, los había recibido Londonderry directamente de Goering cuando visitó Alemania en enero de 1936.¹¹⁴ Londonderry volvió a visitar a Goering en el verano de 1937 y fue con él a ver las maniobras del ejército alemán cerca de Mecklenburg.

En noviembre del mismo año Goering fue de cacería con otra figura clave del ‘apaciguamiento,’ Lord Halifax, ministro de relaciones exteriores británicas.¹¹⁵

También ese año estuvo de visita en *Karinhall* el propio Duque de Windsor, encantados los dos contemplando un tren de juguete, gran afición del sucesor designado de Hitler.¹¹⁶

Goering se vinculaba también con influyentes estadounidenses, pues tenía relaciones estrechas con los principales industriales alemanes—sobre todo a partir de la creación de la *Luftwaffe* y del Plan de Cuatro Años para rehacer toda la economía alemana sobre una base militarista—y estos industriales se coludían con sus contrapartes estadounidenses y británicas (CAPÍTULO 7 y CAPÍTULO 18). Aquella ‘Fraternidad’ internacional, como la llama el historiador Charles Higham, asistía el esfuerzo bélico de los nazis y buscaba firmar una paz favorable a los alemanes—pero ultimadamente sin Hitler—. Higham cita un memorando del FBI enviado al General Mayor Watson, secretario particular de Roosevelt, diciendo que, según la información del FBI, Joseph Kennedy, embajador de Roosevelt en Londres, y Ben Smith, un operador importante de Wall Street, se habían reunido con Hermann Goering en Vichy, Francia, y que luego de esto Kennedy y Smith habían enviado mucho dinero a los nazis. La misma fuente dijo al FBI que si Alemania era victoriosa y Hermann Goering lograba derrocar a Hitler, el Duque de Windsor y Goering estaban de acuerdo que Windsor sería instalado rey de Inglaterra.¹¹⁷

¿Había contactos entre Goering y Windsor? Un artículo reciente del *Daily Telegraph* (Australia) comenta que “se ha dicho que el Duque [de Windsor] correspondía durante la

guerra, entre otros, con Hermann Goering, el líder de la *Luftwaffe*, y con el segundo de abordo del *führer* [en el partido nazi], Rudolf Hess.”¹¹⁸ ¿Pero quién habría sido el canal para esa correspondencia?

Nadie niega la relación importante entre Charles Bedaux y el Duque de Windsor (CAPÍTULO 18), ni tampoco que Bedaux estuviera reuniéndose con Windsor, Hitler, y otros nazis en la cima. “Los Windsor,” escribe el historiador Charles Higham, “permanecieron en contacto con Bedaux hasta 1943, cosa que enfurecía a [Henry] Morgenthau, [Harold] Ickes, [y]... [John M.] Coffee.”¹¹⁹ Estos tres estadounidenses—los dos primeros ministros de gabinete y el otro congresista—corrían a diestra y siniestra delatando y persiguiendo sin mucho éxito a miembros de las clases gobernantes occidentales que asistían a los nazis *durante la guerra* (CAPÍTULO 18). Bedaux bien pudo ser el intermediario.

Otro posible canal es Sven Wingquist, el presidente de la industria de balines sueca SKG, un hombre que impulsaba el esfuerzo bélico de los nazis (CAPÍTULO 18) y que era “amigo de Goering y del Duque y la Duquesa de Windsor.”¹²⁰

Ahora bien, si la guerra no interrumpió el contacto entre Goering y Windsor, quizá esto fuera también un contacto entre Goering y el mismo Churchill, pues Windsor y Churchill eran muy cercanos (CAPÍTULO 16).

En fin. Mi teoría de la guerra genera aquí una hipótesis que disipa el tremendo ‘misterio’ de la orden ‘inexplicable’ de Hitler y el ‘milagro de Dunquerque.’ Esta hipótesis es consistente con una montaña de evidencia concerniendo la colusión en la cima occidental para impulsar el nazismo, los

contactos entre Goering e importantes figuras de la dirigencia británica *durante la guerra*, y la serie de absurdos militares que hemos repasado.

Bajo esta hipótesis las cosas sucedieron así. Goering alegó con Hitler que en vez de tanques usara aviones contra las tropas acorraladas en Dunquerque. Lo hizo para darles gusto a los aristócratas británicos pues el exterminio del *British Expeditionary Force* podría convertirlos en víctimas de una revuelta interna.* Hitler se dejó convencer porque no confiaba en Brauchitsch y Halder, y temía estar cayendo en una trampa enemiga. Esto permitió a la dirigencia británica evacuar a las tropas aliadas y de paso dejar a los nazis todo el armamento pesado aliado—intacto—en la playa (detalle de nuevo consistente con nuestra interpretación).

Estoy especulando, pues faltan pruebas contundentes. Pero una teoría que fuerza a los historiadores a cruzarse de brazos y decir “inexplicable” no es superior.

El Rey Leopoldo

Para redondear el análisis de la trampa de Dunquerque falta examinar más de cerca la forma como el Rey Leopoldo III de

* El jefe de la *Luftwaffe* luego se felicitó de los 40,000 soldados Aliados que habían capturado, “pero sabía que el escape de un cuarto de millón de hombres en Dunquerque era una seria decepción para el *Wehrmacht*, que había planeado la aniquilación total del *British Expeditionary Force*” (Frischauer 1951:192).

Bélgica tiró la toalla, pues ahí también abundan detalles sospechosos. Dice William Shirer,

El Rey Leopoldo III de Bélgica se rindió temprano en la mañana del 28 de mayo. Este joven y necio rey, que había sacado a su país de la alianza con Francia y Gran Bretaña para declarar una tonta neutralidad, que se había rehusado a reestablecer la alianza aun durante los meses cuando sabía que los alemanes preparaban un ataque masivo contra su frontera,[†] y que al último momento, después del ataque de Hitler, había pedido y recibido la ayuda militar de Francia y Gran Bretaña, ahora los desertó en la hora cumbre, abriendo el dique para que se vertieran las divisiones alemanas sobre el flanco de las asediadas tropas anglo-francesas.—Shirer (1960:729)

[†] Se ha dicho que Leopoldo contactó a la inteligencia británica para que se dieran pláticas entre los estados mayores belgas y anglo-franceses previo a la invasión alemana, pero que los ministros del gabinete no lo dejaron porque eran *ellos*—y no el rey—quienes se aferraban a la neutralidad (Stafford 1997:166-67). Sin embargo la fuente para este supuesto dato es Vernon Kell, quien elaboró de la nada una serie de fraudes increíbles para decir que los alemanes tenían una enorme red de espías y saboteadores en Gran Bretaña, argumento con el cual Winston Churchill, de quien era aliado, creció el servicio de inteligencia y lo utilizó contra los trabajadores británicos (CAPÍTULO 15). Dado que Vernon Kell era un mentiroso, y además aliado de Churchill, este supuesto dato, que pretende paliar la traición de Leopoldo, no parece fiable, y como contradice el resto de la evidencia sobre aquel monarca no puedo tomármelo en serio.

El Primer Ministro Winston Churchill acusó a Leopoldo en el *House of Commons* de capitular “sin consulta previa, prácticamente sin aviso, y sin el apoyo de sus ministros, como decisión personal.” Pero ya conocemos a Churchill. Y aunque las tropas de Churchill estuvieran siendo asediadas y asesinadas gracias al monarca belga, no lo condenó el 28 de mayo, cuando aquel capituló; esperó a que la crítica se volviera pública y general, incluyendo las críticas de los propios belgas, para unirles él también en su discurso al *House of Commons* del 4 de junio.¹²¹ Leopoldo no consultó a los comandantes aliados, pero eso no descarta una colusión *con Churchill*.

¿Tenía derecho a capitular unilateralmente el Rey Leopoldo? A partir de septiembre 1939—es decir, a partir del ataque nazi contra Polonia—“el Rey Leopoldo III había tomado personalmente el mando de las fuerzas armadas belgas,”¹²² y cuando se rindió, su argumento fue que actuaba como comandante en jefe, aunque fuera contra el consejo unánime de su gobierno. Pero el ejército belga, que no estaba peleando nada mal, lo hacía “bajo las órdenes del Alto Mando Aliado,” y por lo tanto Leopoldo simplemente no tenía derecho a capitular sin consulta previa.¹²³ *

El historiador F.H. Knight escribe que los ministros del gobierno belga, quienes *en público* denunciaron las decisiones

* El precedente lo había establecido el propio Leopoldo cuando defendió, luego de la penetración en Las Ardenas, consultar primero con el Alto Mando Aliado—para lo cual no había tiempo—saboteando así la decisión relámpago que pedía su primer ministro Pierlot para meter al ejército belga a Francia y evitar la trampa alemana (ver arriba).

del rey, “sospechaban que el soberano se había convertido en la herramienta de una camarilla de generales y reaccionarios.” El patrón belga es el de Dinamarca, Noruega, y muchas otras partes: el derechismo extremo, y la simpatía con los nazis, florecía en las clases aristocráticas que poblaban la oficialía militar. Consistente con ello, Henri de Man, a quien los ministros consideraban “el *alter ego* malévolo del rey,” fue convertido en consejero del monarca y reclutado a presidir un gabinete de los altos militares para erigir una fachada de legalidad a la capitulación de Leopoldo.¹²⁴

¿Quién era Henri de Man?

Henri De Man... había sido senador y ministro, y en mayo de 1940 era todavía presidente del Partido Socialista. Al momento del colapso belga, en julio de 1940, le envió un manifiesto a los miembros de su partido urgiéndoles que renunciaran al gobierno parlamentario y a la democracia, que aceptaran la derrota como una liberación, y que la trataran como “el comienzo de un nuevo progreso social.” *Sin reservas, alabó la belleza del nazismo y aconsejó sometersele.*—Marcq (1946:69; énfasis mío)

De Man fue el Ludwig Kaas del Partido Socialista belga (cf. CAPÍTULO 11). Sus antiguos colegas lo repudiaron pero no le importó, y colaboró entusiasta con la ocupación nazi.

Supongo no estará de más señalar que el Rey Leopoldo III de Bélgica, al nacer, era no sólo Príncipe de Bélgica sino también Príncipe de Sajonia-Coburgo y Gotha, y Duque de Sajonia, ambos territorios *alemanes*. La Casa de Sajonia-Coburgo y Gotha es aquel aristocrático clan alemán que produjera la familia real ‘Windsor’ de Gran Bretaña, muy afín

a los nazis. No puede descartarse que Leopoldo estuviera coludido con sus primos en la monarquía británica.

Francia

Se ha escrito mucho sobre la caída de Francia. La influyente interpretación de Marc Bloch—según cual Francia cayó por decadente y derrotista—dominó hasta los 1970s. Desde entonces el grueso del trabajo académico “se ha enfocado sobre los dilemas de la posición geopolítica de Francia, sus planes militares tan inadecuados, y la inhabilidad del ejército francés de poner en práctica su doctrina.”¹²⁵ Pero si bien es importante entender *cómo* la preparación y desempeño militares de Francia fueron malos, es más importante saber *por qué*. Aunque no nos parezca acertada o suficiente la respuesta de Bloch, él por lo menos trató de contestar esa pregunta. La respuesta que yo daré es que la caída de Francia fue una traición, como en Dinamarca, Noruega, y Bélgica.

Para entender lo sucedido es preciso familiarizarse con el clima político en Francia y con las simpatías pro nazi de la oficialía militar francesa. Pero entender cómo la cuna del liberalismo moderno pudo poblarse en su cima de derechistas pro nazis nos exige recorrer un poco de historia. Un evento clave nos servirá de lupa.

El ‘Asunto Dreyfus’

En los últimos años del siglo 19 el oficial francés Alfred Dreyfus—de familia judía—fue acusado falsamente de traición (CAPÍTULO 10). Aunque su arresto, juicio, y condena demostraron

cuánto poder habían consolidado ya los reaccionarios antisemitas, la respuesta internacional en su defensa demostró también cuánto había cambiado Occidente.

En el Medioevo un judío podía esperar ser calumniado y luego asesinado por civiles o soldados con la aprobación de la sociedad cristiana; ahora había judíos en la oficialía militar y calumniar a uno de ellos provocaba rechifla en la prensa internacional y una rotunda condena al gobierno francés. Tanto, que en el año de 1898 André Cheradame, periodista, viajó ocho meses a lo largo del continente y concluyó que “Europa era *dreyfusard*”—es decir, pro Dreyfus—. Eso le preocupaba: “Cheradame temía que el enojo con Francia dañaría la exposición de 1900.”¹²⁶

La Exposición Universal era una feria masiva donde diversos países exhibían sus avances técnicos e industriales, atrayendo a decenas de millones de espectadores. Las exposiciones francesas eran las más grandes y prestigiaban mucho al país (la famosa Torre Eiffel—para exhibir la excelencia ingenieril francesa—había sido erigida una década atrás en la Expo de 1889). Cheradame tenía razón de temer que el ‘Asunto Dreyfus’ pudiera arruinar la Expo de 1900.

La corte de apelación más alta en Francia exigió en el verano de 1899 una nueva corte marcial. Aunque se hizo bajo las luces de toda la prensa internacional, el 9 de septiembre de 1899 cinco de los siete oficiales militares fungiendo de jueces fallaron que Dreyfus era culpable de “entregarle inteligencia al enemigo con circunstancias extenuantes.” Fue la hecatombe: “la envergadura y la furia de la reacción extranjera ante la decisión,” que implicaba 10 años más de cárcel para Dreyfus, “sorprendió inclusive a quienes esperaban lo peor.”¹²⁷ Faltando

solo medio año para la Exposición Universal de 1900, comenzó a gestionarse un gran boicot de la feria francesa.

El movimiento por el boicot se extendió por todo el mundo en el espacio de dos días. ...El mismo servicio telegráfico de noticias que aceleraba las comunicaciones entre los *dreyfusards* internacionales permitía que los franceses siguieran la cólera extranjera de cerca. Que a Dreyfus lo consideraban inocente, que a Francia la consideraban un escándalo internacional, que la exposición peligraba—todo esto lo entendían perfectamente [los franceses].—Mandell (1967:258-59).

La nueva corrección política de Occidente era el liberalismo—eso estaba claro—. Pero el antisemitismo—la bandera eterna de la opresión—peleaba por restablecerse justo en la cuna del liberalismo moderno. Más de uno vio aquí un fulcro histórico y la cosa parecía empinar una guerra civil. Los apasionados enemigos de Dreyfus gritaban en las calles: “¡Muerte a los judíos!”; los *dreyfusards*—enarbolando el *J'accuse!* de Émile Zola contra los antisemitas—lucían listos a luchar por el futuro liberal de Francia.

Pero al final no lo hicieron.

El presidente francés, facultado para abolir la condena de Dreyfus, fue presionado en nombre de salvar la Exposición, y concedió el indulto en la mañana del 19 de septiembre. Claro que eso no era justicia: había que declarar a Dreyfus *inocente*—no ‘perdonarlo’ por su inexistente culpa—y arrestar y enjuiciar a los falsos testigos. Pero los líderes de la derecha antisemita calculaban que liberar a Dreyfus sería desinflar la bandera de sus defensores. Siguiendo esa lógica, impusieron un

silencio disciplinado en sus filas e invitaron a los *dreyfusards* a callar también para salvar así, con unidad francesa ‘patriótica,’ la Exposición Universal.

La estrategia funcionó. Pues “si bien el movimiento [de silencio] lo comenzaron los *antidreyfusards*, fue abrazado por sus enemigos,” que no querían parecer menos ‘patriotas.’ Según el historiador R.D. Mandell, “inclusive algunos de los *dreyfusards* más militantes,” confiando que terminada la feria se haría justicia a Dreyfus, “fueron apaciguados con la promesa de que el silencio sería nada más para salvar la exposición.” Entonces, ya sin apoyo dentro de Francia, la presión internacional terminó por desbaratarse cuando un país tras otro concluyó que recibiría más espacio en la feria, escaso y muy codiciado, si dejaba de criticar. El boicot murió.

También el movimiento *dreyfusard*. Con el silencio perdió su vuelo, y eso permitió a los culpables escapar la justicia: para el 19 de diciembre de 1900, justo después de concluir la Expo, una amnistía general había exentado a los conspiradores de juicio. Años después, en calladito, Dreyfus fue finalmente exonerado.¹²⁸

¿Cuál fue la consecuencia para Francia?

El silencio impuesto a diestra y siniestra para salvar la Exposición Universal destruyó la oportunidad de reformar la oficialía militar francesa, con lo cual siguió patrocinándose desde ahí el derechismo iliberal que socavaría a la Tercera República y la entregaría finalmente a los nazis. Ese golpe de gracia lo darían los descendientes ideológicos de *Action Française*, movimiento nacido en el Caso Dreyfus.

Action Française data de 1898—año en que la agitación por revisar el juicio de Dreyfus estaba en su apogeo—y fue un desarrollo de la *Ligue de la Patrie Française*, una de las numerosas organizaciones *antidreyfusard*. Cuando los líderes de la *Patrie Française* anunciaron que en su agitación contra Dreyfus no harían nada ilegal, los miembros más extremos, liderados por Henri Baugeois, escindieron y fundaron *Action Française*, declarando que tratándose de salvar al país, no se limitarían.—Balfour (1930:182)

Action Française se convirtió en una organización ultra católica pugnando en contra de la democracia, en contra del capitalismo, en contra de los judíos, a favor de un regreso a la monarquía, y—*ojo*—a favor de la reforma social para beneficiar a los trabajadores: ‘*nacionalsocialismo*.’

Claro que uno asocia el ‘nacionalsocialismo’ con los fascistas del siglo 20; las siglas del Partido Nazi quieren decir, literalmente, Partido *Nacionalsocialista* Obrero Alemán. Pero la idea fascista de unir un falso ‘nacionalismo’ con un falso ‘socialismo’ se innovó antes en Francia, en el siglo 19. “‘Somos nacionalistas y en consecuencia sociales,’ había declarado [el fundador y líder] Charles Maurras en el tercer número del diario *Action Française*... Ésta continuó siendo la teoría, aun cuando la lucha por la conservación social”—es decir, por conservar el poderío de las clases altas—“le ganara a la lucha por el progreso social.”¹²⁹

Aprovecho para hacer aquí un breve paréntesis sobre las similitudes y diferencias entre fascismo y comunismo, una reflexión que sería mejor no prorrogar más.

Paréntesis: fascismo y comunismo

Tiene razón Eugen Weber cuando dice que los ataques de Charles Maurras contra individualismo y liberalismo lo llevaban a posiciones no muy distintas de las comunistas, pues en ambas ideologías se defiende un bien público abstracto superior al bien privado. Pero no concuerdo con Weber cuando intenta esclarecer lo que *distingue* a estos movimientos.

Según Weber la diferencia entre los nacionalsocialistas de Maurras y los comunistas era que “Charles Maurras... denunciaba [los] mitos igualitarios [de los comunistas] y su creencia que la autoridad emana de la masa cuando, para él, la autoridad se establece claramente sólo con la jerarquía natural de la habilidad y la cuna [aristocrática].”¹³⁰ Y “Maurras,” dice Weber, “se oponía... al internacionalismo socialista. En su gran *Dictionnaire Politique et Critique*, bajo el encabezado de ‘Socialismo,’ leemos: ‘Hay una oposición, contradicción, entre el marxismo internacional e igualitario y la protección de la nación y la patria.’”¹³¹ Entonces aquí radica, según Weber, la diferencia: los fascistas son elitistas y nacionalistas; los comunistas, populares e internacionalistas.

Es común esta representación pero no atina.

Los nacionalsocialistas, para nada socialistas, tampoco eran nacionalistas: en absoluto protegían a la nación y a la patria. Tampoco se oponían al internacionalismo como tal. Sin duda los fascistas buscaban sabotear la creciente solidaridad internacional de los trabajadores europeos, aprovechando para ello la energía emocional del particularismo nacionalista que ellos mismos inyectaban. Pero en la cima el derechismo era una alianza tras fronteras de las aristocracias occidentales en

contra de todos los pobres, fueran de cualquier patria. Aquella solidaridad cosmopolita de las élites organizó la traición de cada nación para asistir el golpe nazi en todo el continente, como vemos aquí. *Luego los fascistas eran internacionalistas.*

Y los comunistas no respetaban la soberanía popular. La idea de yacer la fuente legítima del poder en la ciudadanía democrática es un concepto liberal nacido en la Revolución Francesa y sus secuelas; Lenin, basándose en Marx y Engels, defendía por el contrario que las masas debían ser instruidas por una élite vanguardista (CAPÍTULO 15). Los comunistas arrebataron a las masas toda participación política y resclavizaron a quien no asesinaron, concentrando toda autoridad en la nueva jerarquía del Partido Comunista. Las élites de los partidos comunistas aprovechaban la energía de la creciente solidaridad internacional obrera para después traicionar a las clases bajas una vez alcanzado el poder. Los líderes comunistas eran solidarios solo con otros líderes comunistas—su dictadura no era del proletariado—. *Luego los comunistas eran elitistas.*

El antisemitismo tampoco distingue a un movimiento del otro. Es muy famoso que el autor del movimiento comunista, Karl Marx, fuera un feroz antisemita, y sus diatribas contra los judíos como presuntos autores del capitalismo opresivo son idénticas a las nacionalsocialistas (CAPÍTULO 27). Una vez en el poder, las tendencias antisemitas, siempre latentes en los movimientos comunistas (aunque no siempre aflorando), dominaron, y en la posguerra los soviéticos financiaron esfuerzos de destruir el Estado judío aliados con aristocracias de extrema derecha musulmanas que habían sido herramientas de los nazis alemanes. La izquierda antiliberal de

hoy, una continuación de la ideología comunista, es igualmente antisemita (basta con escuchar los discursos de los venezolanos Hugo Chávez y Nicolás Maduro, y ver la forma como se abrazan de los clérigos del régimen ultraderechista iraní, el cual reclama en voz alta la imperativa de exterminar a los judíos).

Si hacemos a un lado la propaganda oficial, pues, y juzgamos a los movimientos por sus *hechos*, los objetivos de los fascistas—es decir, los ‘nacionalsocialistas’—y los comunistas eran muy parecidos. Fascismo y comunismo eran ambos ataques contra la libertad, buscando imponer un ‘orden’ represivo y totalitario. De ahí que la culminación máxima de las tendencias fascistas, el nazismo, haya sido tan similar al comunismo bolchevique.

La diferencia estriba nada más en dos puntos.

Primero. Los líderes fascistas buscaban reestablecer el poder de una antigua jerarquía represiva sobre los trabajadores; los líderes comunistas querían reemplazar a las élites tradicionales con una *nueva* jerarquía represiva sobre los trabajadores. De ahí la rivalidad.

Segundo. Tanto fascistas como comunistas querían fusionar industrias y Estado. La diferencia es ésta: los fascistas le dan el Estado a las industrias; los comunistas, las industrias al Estado. Los grandes capitalistas—impulsores del fascismo—naturalmente preferían heredar el Estado que entregarle sus industrias. De ahí la rivalidad.

Ambos sistemas resclavizaron a los trabajadores porque la fusión de industrias y Estado requiere en ambos casos ese resultado. Si la verdadera ‘izquierda’ es la defensa del trabajador y la extrema derecha la opresión de los mismos,

entonces los comunistas no eran ninguna izquierda; eran *extremo derechistas* como los nacionalsocialistas. En ambos casos, pues, el uniforme ‘socialista’ era un disfraz, necesario para reclutar a las masas. Y la similitud entre los dos movimientos explica que hubiera tanto movimiento de personal de uno a otro en la cima, pues más de un líder comunista terminó por convertirse en fascista y viceversa.

Los descendientes de *Action Française*

Action Française, emergiendo en la agitación *antidreyfusard*, fue poniendo huevos que al abrirse serían importantes movimientos derechistas de la primera mitad del siglo veinte.

Fue como ‘*une idee conquerante*’ [una idea conquistadora] que *Action Française* tuvo su mayor impacto en la historia francesa; se convirtió en el centro de atracción intelectual [de la derecha], una escuela a la que pertenecían los escritores o por medio de la cual pasaban, y de esta forma ejerció una influencia por un periodo de cincuenta años comparable solo con la de la Iglesia Católica, el Partido Comunista, y quizá *La Nouvelle Revue Française*. —Wilson (1969:328)

Luego de tomar el poder los nazis en Alemania, Eugène Deloncle, “ingeniero naval, ... ingresó en la ultra-monarquista *Action Française* en 1934 para salirse poco después por no parecerle suficientemente agresiva. Casi inmediatamente fundó el *Comité Secret d’Action Revolutionnaire* (CSAR), conocido comúnmente como ‘*la cagoule*.’ ”¹³² El apodo *cagoule* o ‘capucha’ nace por la emulación de un movimiento derechista cuyos miembros se encapuchaban antes de cometer sus

crímenes terroristas contra los afroamericanos: el Ku Klux Klan. Los integrantes de *la cagoule* “fueron responsables de asesinatos políticos en los 1930s”¹³³; era “un grupo terrorista lanza bombas, utilizando la violencia para proseguir su programa antisemita y anticomunista.”¹³⁴

En cierta forma es un error llamarlos ‘anticomunistas.’ Como acabamos de esclarecer, el enfrentamiento del fascismo y el comunismo no corresponde a la oposición ideológica entre liberalismo y terrorismo autoritario, sino a la contienda de poder entre dos variantes—casi idénticas, al final—del terrorismo autoritario. No puede, por lo tanto, descubrirse una ‘virtud’ en el hecho de que una se oponga a la otra, y por lo tanto vestir a Deloncle y su *cagoule* con la chaqueta de ‘anticomunista’ es conferirles un prestigio innecesario. Deloncle era enemigo del comunismo, cierto, pero también de toda izquierda parlamentaria y de todo liberalismo democrático.

El mismo punto aplica tratándose de *les corvignolles*, el “grupo de renuevo secreto” del ejército, fundado en 1936 por el Comandante Loustaunau-Lacau, un “subordinado de [Phillipe] Pétain.”¹³⁵ Este grupo “había sido establecido para extirpar la subversión comunista del ejército,” pero además, “sus líderes tramaban, con la gente de Deloncle, tirar el gobierno [socialista, moderado, parlamentario] del Frente Popular que en aquel entonces estaba en el poder.”¹³⁶

Los dos grupos [*la cagoule* y *les corvignolles*] fueron reunidos en 1937 por el Mariscal [Louis] Franchet d’Esperey para lograr un vínculo mas cercano en sus actividades. ... d’Esperey, el único otro mariscal [además de Pétain] que en ese momento vivía

después de la muerte de Lyautey, era miembro activo y jugaba un papel líder en las actividades clandestinas de la *cagoule* y *les corvignolles*.—Szaluta (1974:516-17)

El Mariscal Phillipe Pétain, el mismo que más tarde sería líder del gobierno pro nazi de Vichy, era el oficial militar más prestigiado de Francia. Pétain “compartía las ideas políticas de Maurras, Franchet d’Esperey, Loustaunau-Lacau, Laval, Lémery, y otros antirrepublicanos. La diferencia es que hablaba menos que los otros sobre su ideología.”¹³⁷ Aunque en su comportamiento público se mantuviera al margen de *les corvignolles* y *la cagoule*, Pétain estaba siempre al tanto de lo que hacían y sabía perfectamente que buscaban instalarlo *a él* en el poder. “Su *aide de camp*, el Capitán Bonhomme, era miembro de *les corvignolles*. Cuando Pétain quiso saber, por ejemplo, qué medidas se estaban tomando en la fuerza aérea, envió a Loustaunau-Lacau a inquirir, y el General Duseigneur abiertamente reveló la extensión de las actividades anticomunistas que se realizaban en la fuerza aérea.”¹³⁸ Esas “actividades anticomunistas,” apunto nuevamente, incluían destruir cualquier sistema democrático y parlamentario.

Observando, pues, el progreso de la derecha clandestina, Pétain, viejo zorro, protegía cuidadosamente su prestigio de héroe militar ganado en la Primera Guerra, cultivando siempre una imagen no partidista y de supuesto apoyo a la República. Así, “mantuvo una buena reputación en todos los bandos y no creó enemigos políticos.” Siguiendo esa estrategia, cuando d’Esperey fue a verlo para reclutar su apoyo en un golpe de Estado contra el gobierno del Frente Popular, Pétain le contestó: “ ‘Yo soy republicano.’ ” Y él mismo dijo

una vez que no tomaría el poder a través de un golpe. Tampoco parece haber querido hacerlo antes de que Francia perdiera una guerra con Alemania, pues quería culpar al gobierno del Frente Popular por la derrota y representarse como salvador tras la catástrofe. Aquello explicaría por qué se rehusó a formar un gobierno cuando en 1939, en vísperas de aquella guerra, su aliado el Senador Henry Lémery se lo pidió.¹³⁹

Pétain se esperó a que sus seguidores derechistas—en alianza con Alemania—produjeran condiciones equivalentes a un golpe de Estado, recibiendo entonces el poder ¡en súplica de los republicanos!

Traicionan a Francia

A dos años de la Segunda Guerra Mundial, “la red subterránea fue expuesta cuando un oficial de reserva, miembro de *les corvignolles*, informó a la policía.” Así, “varios altos oficiales fueron arrestados en 1937.”¹⁴⁰

Eso parecía prometedor pero de hecho la red de *les corvignoles* no fue desmantelada. Cuando el Primer Ministro Daladier dijo que se investigaría a *les corvignoles*, el comandante en jefe de las fuerzas armadas,

[El General] Gamelin, quien se oponía a más investigaciones, sugirió en vez que los generales del Consejo Superior de Guerra se presentaran a ser cuestionados sobre lo que sabían de estas actividades [secretas]. Su palabra de honor sería suficiente como prueba de su lealtad. Daladier estuvo de acuerdo. Cuando les preguntaron, “¿Está usted en contacto con el CSAR?”, cada oficial dio una respuesta negativa. — Szaluta (1974:518)

Esta farsa de investigación delataba la abdicación del poder civil a favor de los militares, y por ende cuán extensiva era ya la derrota liberal en Francia, consecuencia de no haber aprovechado el Asunto Dreyfus para investigar a la oficialía militar. Es notable que “la interrogación... no podía incluir a los dos Mariscales,” y que “Daladier también estuv[iera] de acuerdo con esto.”¹⁴¹

Daladier... Si hemos de atar todos los cabos es menester recordar que Daladier era íntimo de William Bullitt. Según opinó Harold Ickes, secretario del interior de Roosevelt, “ ‘Bullitt prácticamente se acuesta con el gabinete francés... [y] no le importa que sus amigos sepan que él es quien suministra muchas de las ideas de Daladier.’ ” Bullitt era embajador en Francia, consejero de Roosevelt en materia de política exterior, y tan íntimo del presidente estadounidense que intercambiaban cartas en un lenguaje secreto inventado por ellos dos (CAPÍTULO 13).¹⁴² Si Daladier hizo aquí otra vez lo que quiso Bullitt, entonces fue Roosevelt quien protegió la conspiración derechista en la oficialía francesa.

Que los mariscales d’Esperey y Pétain ni siquiera fueran incluidos en las interrogaciones tuvo sus consecuencias. D’Esperey—líder del CSAR—pudo continuar impune con sus actividades, y Pétain—el oficial más prestigiado en Francia y el único miembro permanente del Consejo Superior de Guerra¹⁴³—pudo continuar aparentando distancia del movimiento clandestino que pronto lo colocaría en el poder.

En el año de 1939 Phillipe Pétain se fue de embajador a la muy pro católica España franquista. Las razones de enviar a Pétain parecen haber sido “su prestigio como soldado, su catolicismo,” y su buena relación con los militares españoles.

Pues anteriormente había sido “comandante de las fuerzas francesas que habían cooperado con el ejército español [en la Guerra del Rif en Marruecos], cuando había sido decorado por el gobierno español...” Franco, que había participado en esa campaña, era además alumno del mariscal francés, pues “en 1926, había estudiado en la *École de Guerre* cuando la dirigía Pétain.” Si fuera poco, ahí estaba la “simpatía ideológica [de Pétain] por la nueva España.”¹⁴⁴

Una vez en España Pétain delató en un descuido sus intenciones. “Un consejero de la embajada francesa, Albert Lamarle, recordó que un día Pétain, sin querer, en vez de darle un reporte económico, le había dado una nota de Loustaunau-Lacau,” el creador de *les corvignolles*. “La nota contenía un mensaje de [Pierre] Laval,” otro derechista antirrepublicano, “proponiendo que se formara un gobierno encabezado por Pétain.” Albert Lamarle también se quejó de que Pétain se hubiese rehusado a diseminar un texto que se había preparado para generar sentimiento antialemán en España.¹⁴⁵ Pero todo eso es ligero comparado con lo que sigue.

Francisco Franco le debía su poder a la intervención de fascistas italianos y nazis alemanes en la Guerra Civil española, y al apoyo que recibió en calladito de la muy eugenista dirigencia occidental (CAPÍTULO 19). Por lo mismo España era un lugar ideal para tramar un golpe de Estado petainista en colusión con los alemanes. Un corresponsal estadounidense en España, H.R. Knickerbrocker, reportó durante la guerra:

“Yo personalmente pude verificar de manera decisiva que el Mariscal Pétain, habiendo invitado a dos españoles muy importantes a cenar con él en Hendaya en noviembre de 1939, le dijo a sus

invitados: ‘No juzguen a Francia por su aspecto presente. La democracia está por terminar en todas partes. En la primavera verán un movimiento en Francia comparable al levantamiento nacionalista de ustedes.’ ” Knickerbrocker apuntó que “Semejante frase en boca de un embajador francés que al mismo tiempo era un líder militar francés es harto significativa. ...¿Qué otro motivo puede haber habido para esperar a la primavera excepto que éste sería el mejor momento para el ataque alemán?”—citado en Szaluta (1974:521)

El historiador que cita este testimonio, Jacques Szaluta, dice que eso no demuestra que Pétain participara en una conspiración contra Francia.¹⁴⁶ Es curioso el comentario. La pregunta no es: ¿lo demuestra o no lo demuestra? Las demostraciones irrefutables son para las matemáticas. La pregunta es: ¿lo sugiere o no lo sugiere? Mis lectores son libres de concluir lo que parezca razonable.

Para eso pueden considerar también la evidencia que presentó Paul Reynaud en la posguerra, y que igualmente cita Szaluta. Reynaud fue el penúltimo primer ministro de la Tercera República, en su cargo cuando se produjo el ataque alemán. Él había sido uno de los pocos políticos en exigir sanciones contra Mussolini por su invasión de Etiopía y “se había opuesto a la contemporalización con Hitler en Múnich.” Era, “en una palabra... una Casandra de la década anterior a la guerra,” un ardiente y vociferante antinazi.¹⁴⁷ Phillipe Pétain le conferiría el más alto honor, encerrándolo en prisión durante el periodo de Vichy.

Según el testimonio y evidencia de Reynaud, mientras Pétain intrigaba contra el gobierno francés desde su embajada

en España. Lo mismo hizo Petain después cuando fue invitado a unirse al gabinete de Reynaud. “Como prueba, [Reynaud] citó las actividades de Laval y varios comentarios de Pétain, como éste que hizo en marzo: ‘Van a necesitar me durante la segunda mitad de marzo,’ lo cual según Reynaud delata que sabía del inminente ataque alemán.” Pétain también parece haber solicitado el apoyo del Almirante Darlan, quien demostró ser pro nazi.¹⁴⁸

Pero lo más serio en la evidencia de Reynaud es “un documento de los archivos alemanes, firmado por el embajador alemán en España, Eberhard von Stohrer, el cual revela que Pétain le enseñó al embajador un mapa de Francia y discutió una posible línea de defensa desde el Somme hasta la Línea Maginot.” No parece haber evidencia de una discusión sobre las posibilidades tácticas de una penetración por las Ardenas, pero no puede descartarse. “El documento cita a Pétain diciendo que para que él pudiera tomar el poder en Francia sería necesario un golpe de Estado.” Los alemanes luego sabían que Pétain no deseaba defender a Francia de un ataque alemán: Stohrer escribió que “si la cuestión de la paz se vuelve más aguda en Francia en mayo de 1940, Pétain jugará un papel” (el ataque nazi sucedió en mayo de 1940). Finalmente, ahí está un mensaje “altamente secreto” enviado a Berlín por el mismo Stohrer, donde expresa su opinión sobre las intenciones de Pétain: “ ‘Si la nueva ofensiva alemana es exitosa,’ ” informaba el mensaje, “ ‘y el ejército alemán logra acercarse a París, el Presidente Lebrun renunciará a favor del Mariscal Pétain. El Mariscal Pétain y [el General] Weygand dirán al pueblo francés que la culpa de la catástrofe militar es la política

del Frente Popular y que firmar la paz con Alemania es imperativo.’”¹⁴⁹

La ‘quinta columna’ francesa se activó durante el ataque alemán.

A partir de septiembre 1939, cuando comenzó la guerra declarada entre los nazis y las democracias occidentales, muchos miembros de *la cagoule* “fueron liberados de las prisiones para que participaran en las fuerzas armadas y algunos de ellos regresaron del exilio en Italia o España para servir a Francia.”¹⁵⁰ Pero Deloncle, el líder de *la cagoule* (CSAR), “[le dio] órdenes a sus seguidores de no pelear demasiado contra los alemanes.”¹⁵¹ Quienes sí pelearon con ganas de todas maneras fueron saboteados por la desastrosa doctrina militar francesa, que tantas ventajas obsequió a los alemanes. Esa doctrina la había diseñado Phillipe Pétain.¹⁵²

El ‘relojero’ de la defensa de Bélgica era el general francés Gamelin, favorito del gobierno británico y protegido de Daladier,¹⁵³ aquella mascota de William Bullitt, el hombre de Roosevelt en París (CAPÍTULO 13). Vimos arriba cómo Daladier y Gamelin se esmeraron en proteger a Pétain y a otros oficiales cuando la organización secreta de *les corvignolles* fue descubierta. Y vimos también que la ‘estrategia’ belga de Gamelin era un regalo para los alemanes, pues el éxito de la ofensiva alemana precisaba que los franceses hicieran todo lo previsto por Gamelin.

El antinazi Paul Reynaud era primer ministro cuando sucedió el ataque, pero Daladier era Ministro de Defensa y de Guerra, y el General Gamelin encabezaba todas las fuerzas armadas. Reynaud estaba tan enfadado y harto con lo que

hacían Daladier y Gamelin, y en especial con el desastre en Noruega, que había amenazado renunciar. Pero decidió mejor despedir a Gamelin. Lo anunció el 9 de mayo en junta de gabinete. Cuando Daladier protestó, Reynaud utilizó el desacuerdo para disolver el gabinete. “Todos los ministros deberían considerarse como si hubieran dimitido, pero debido a la emergencia del estado de guerra, [Reynaud] les pidió que mantuvieran en secreto sus dimisiones hasta que se formara un nuevo gobierno y él pudiera anunciarlo.” Bullitt, según el historiador Herbert Lottman, se enteró de que Gamelin sería sustituido. Esa misma noche Bullitt dio una cena en honor de Reynaud, donde quizá le soplara a Daladier el dato. Al día siguiente los alemanes atacaron y eso salvó a Gamelin, pues con la emergencia pudo de momento conservar su puesto.¹⁵⁴

En el calor del ataque, el Coronel Paul de Villedume, principal ayudante militar de Reynaud, fue al cuartel general de Gamelin en Vincennes. “Ahí descubrió que los miembros de la plana mayor estaban entusiasmados por el ataque alemán.” Cosa extraña. Sobre todo considerando que la acción en el terreno era bastante rara. “En su fuero interno, Villedume se sintió sorprendido y preocupado, porque los aviones alemanes no atacaban a las tropas francesas que se estaban internando en Bélgica, sino que les *permitían* avanzar.” La hipótesis de traición no tiene problema con este dato: hacía falta dejar avanzar a los franceses para que operase la ‘puerta giratoria’ que precisaban los alemanes. “[Villedume] estaba convencido, o así lo afirmó más adelante, de que el enemigo había tendido una trampa.”¹⁵⁵

Reynaud parecía compartir su convicción. “No le inquieta,” le preguntó a Gamelin, “que los ejércitos

aliados estén entrando en Bélgica sin ser atacados por la fuerza aérea alemana?” Gamelin replicó que no estaba preocupado en absoluto, pero Reynaud observó que el rostro de Gamelin se había sonrojado. Los militares se preguntaban por qué un ejército francés mal equipado e insuficientemente adiestrado se alejaba de posiciones fácilmente defendibles [en la frontera franco-belga]...—Lottman (1992:31-32)

Se preguntaban, de hecho, por qué el increíble error táctico de la Primera Guerra Mundial estaba repitiéndose, y con el mismo enemigo.

Como antes vimos, la trampa de Dunquerque funcionó en parte gracias a la sustitución de Gamelin por Weygand, quien se tomó *tres días* para tomar una decisión, con lo cual los alemanes sellaron la trampa en la que habían metido a los Aliados. ¿Cumplía Weygand la predicción del embajador alemán en España, Eberhard von Stohrer, de que, aliado con Pétain, traicionaría a Francia? Maxime Weygand era de sangre aristocrática y se rumoraba que era el hijo bastardo del Rey Leopoldo de Bélgica. “Era un ultra conservador [es decir, ultraderechista] que detestaba el régimen republicano, se decía, y que tenía muchos seguidores en el ejército [francés].” Y “aquellos políticos y oficiales, liderados por Pétain, y convencidos de que la guerra antinazi quedaba fuera de los intereses de *la vraie France*, tenían lazos con Weygand.”¹⁵⁶

Luego del fiasco en Dunquerque faltaron unos días nada más para que Pétain, maniobrando con Weygand, forzara la capitulación. Cuando la exitosa ofensiva alemana tomó París en junio de 1940, el Presidente Lebrun renunció y pidió a Pétain que formara un gobierno, precisamente como había predicho Stohrer que sucedería. Pétain, que antes se hacía

mucho de rogar, sabía que su momento había llegado y aceptó en el acto. De hecho sorprendió a Lebrun sacando de su portafolios en ese mismo instante la lista de ministros de su nuevo gobierno.¹⁵⁷ Weygand fue recompensado en el gobierno colaboracionista de Vichy, bajo dirección de Pétain, con la gubernatura general de las posesiones francesas en África.¹⁵⁸

La Batalla de Inglaterra

El 28 de mayo, día de la capitulación del rey Leopoldo que sellara el destino de las tropas aliadas en Dunquerque, hubo una tensa junta de gabinete en Londres. *Halifax pidió que se firmase la paz con los alemanes, ahora que eran dueños de Europa*. Los reportes de inteligencia interna, empero, delataban que la gran mayoría de los británicos—75%—quería pelear, muy a pesar de la derrota total en Francia.¹⁵⁹ O sea que si el gobierno británico firmaba la paz con Hitler se venía una crisis interna muy severa. Era necesario hacer creer a esos testarudos valientes británicos que su gobierno era antinazi.

Había todavía “muchos [que] desconfiaban de Churchill como un renegado desbocado y charlatán,” pero cuando adoptó una pose belicosa, Chamberlain, que seguía siendo el líder del Partido Conservador, lo secundó. El respaldo de Chamberlain “fue de una profunda importancia, pues se trajo consigo al grueso del Partido Conservador,” y sus integrantes “se añadieron a las filas liberales y laboristas en el Parlamento cuyo apoyo le había dado el primer ministerio a Churchill” (por percibirlo como antinazi).¹⁶⁰

La consecuencia de no firmar la paz fue la Batalla de Inglaterra, un enfrentamiento aéreo entre los alemanes y los

británicos que muchos historiadores y todos los medios han representado como una heroica defensa de Occidente y de la libertad, y como la primera derrota de Hitler. Esta interpretación, que aprendemos en la escuela y vemos inmortalizada en un sinnúmero de películas, busca una comparación obvia con los pequeños barcos ingleses que derrotaron a los enormes buques de la mal nombrada ‘Armada Invencible’ española siglos atrás. Se exagera así el poderío de los aviones alemanes contra la humildad de los británicos. Con superior habilidad y valentía, se nos dice siempre, los avioncitos británicos evitaron que los avionazos alemanes establecieran en el sur de Inglaterra la superioridad aérea que precisaba Hitler para su invasión anfibia.

Abundan detalles sospechosos para dudar de esta interpretación. Y después de la guerra más de un historiador militar se rascó la cabeza, porque de hecho es muy difícil afirmar que la invasión de Gran Bretaña fuera en principio, siquiera, militarmente realizable. Un artículo interesante de H.A. DeWeerd publicado en *Military Affairs* (1948) apuntaba lo siguiente: las condiciones especificadas por Hitler como imperativas para lanzar la invasión de Gran Bretaña eran tan exigentes como absurdas: “no es sorprendente que algunos oficiales nazi en los rangos más altos nunca se tomaran la invasión en serio.”¹⁶¹ Según la orden de Hitler, fechada 16 de julio de 1940, era preciso todo lo siguiente:

Primero, el RAF [*Royal Air Force*] tendría que ser debilitado de manera que no pudiera interferir con el plan alemán. Segundo, canales libres de minas yendo hasta la costa inglesa debían ser mantenidos. Tercero, el área de invasión debía ser cubierta por fuertes baterías costeras. Cuarto, el área de invasión

tenía que estar sellada por minas alemanas. Quinto, las fuerzas navales británicas tendrían que ser forzadas a ocuparse de ataques de torpedo y ataques aéreos. —DeWeerd (1948:144)

Lo imposible de estas condiciones se acentúa cuando se considera la verdadera dificultad de conseguir siquiera la primera condición: supremacía aérea sobre el sur de Inglaterra. Si eso fuera poco, está el problema más fundamental de la arrolladora superioridad de la armada británica sobre la alemana. Abordaré estos problemas en orden.

¿Cómo dominar los aires?

“ ‘No hay posibilidad de lanzar operaciones aéreas exitosas contra las islas británicas,’ notó la *Luftwaffe* durante la crisis de Múnich.”¹⁶² Dos años después, ¿qué había cambiado? Nada. Establecer superioridad aérea, al fin y al cabo, es cuestión de números: tiene que haber muchos más aviones alemanes que británicos volando sobre el sur de Inglaterra. El historiador Richard Overy, en *The Battle of Britain: The Myth and the Reality* (*La Batalla de Inglaterra: El Mito y la Realidad*), explica con lucidez y detalle la dificultad de obtener este resultado. Y a las dificultades básicas para un enemigo competente, como también explica este autor, se suman un sinnúmero de ‘errores de juicio’ alemanes. Comentaré aquí nada más los puntos más obvios.

En junio y julio de 1940 los alemanes lanzaron ataques tan leves que muchos historiadores ni los toman en cuenta, fechando el comienzo de la Batalla de Inglaterra a partir de los ataques más severos de agosto. Aquellas ‘agresiones’ tímidas de junio y julio, comenta Overy, no consiguieron ventajas para

los alemanes pero sí mejoraron los preparativos británicos.¹⁶³ Cuando comenzó el ataque ‘en serio’ quedó claro por qué antes la *Luftwaffe* había opinado que no podía tener éxito contra las islas británicas.

Los problemas fundamentales, insuperables, son dos.

El primero es la atrición de pilotos. Como los combates aéreos eran *sobre Gran Bretaña*, derribar un avión británico a menudo no privaba a su país del piloto, pues flotaban a salvo en paracaídas hasta el suelo. Un piloto alemán, aunque llegase vivo al suelo, sería prisionero de guerra—inservible al Tercer Reich—. La taza alemana de atrición de pilotos, por ende, era mucho mayor que la británica. El efecto es importante cuando se considera que entrenar pilotos toma algo de tiempo, y que el entrenamiento alemán, para colmo, era más riguroso y tardado—. ¹⁶⁴ Bajo estas condiciones conseguir superioridad aérea se volvía más difícil conforme avanzaba el tiempo.

El otro problema se identifica contestando la pregunta: *¿sobre qué terreno se buscaba—en la práctica—establecer superioridad aérea?* No sobre el sur de Gran Bretaña, como afirmaba la condición perentoria de Hitler. Los aviones alemanes quemaban harto combustible nada más cruzando el mar hasta la costa inglesa y luego debían regresar la misma distancia. O sea que “previo a una invasión,” explica Overy, “la fuerza aérea alemana no podía competir por superioridad aérea excepto a lo largo de un arco que se extendía sobre Kent, Sussex, y Surrey” en el sureste de Inglaterra: un diminuto triángulo. Eso volvía imposible destruir la capacidad británica de construir nuevos aviones y ponerlos en el aire. Aun suponiendo que los alemanes lograran destruir todas las pistas, hangares, y fábricas en ese triángulo, había enormes reservas

de infraestructura fuera de su alcance. Pero ni siquiera ese triángulo peligraba demasiado, porque a principios de la Segunda Guerra los bombarderos tenían mala puntería.¹⁶⁵

Los alemanes podrían haber intentado algo distinto, algo que hacían bien: tomar pistas británicas con pequeñas unidades de tropas enviadas por avión, y luego volarlas. Después de todo, los esfuerzos británicos de equipar sus pistas con protección fueron “lamentables” y estaban esencialmente desprotegidas. “Los reportes demuestran que cuando los aviones enemigos ocasionalmente aterrizaron en las pistas británicas, podían despegar nuevamente sin interferencia.”¹⁶⁶ Goering, sin embargo, no hizo esfuerzo alguno para aprovechar esta ventaja. Eso podrá parecer curioso, pero de hecho es consistente con otras decisiones de Goering, todas ellas como diseñadas *para reducir el daño a los británicos*.

Por ejemplo, los oficiales del *Royal Air Force* (RAF) reportaban a principios de septiembre que el constante golpeteo de los alemanes había tenido “un efecto serio sobre la eficiencia de combate de los escuadrones caza.”¹⁶⁷ Como si le displiciera este resultado, Goering hizo dos cambios que eliminaron cualquier ventaja alemana. Alegando por encima de las objeciones del General Adolfo Galland de la *Luftwaffe*, y de otros, dijo que las estaciones de radar no eran importantes, y ¡ordenó el 15 de agosto que ya no fueran atacadas! Luego, el 7 de septiembre, “Goering repentinamente cometió su segundo error táctico,” escribe William Shirer, “comparable en sus consecuencias con la orden del 24 de mayo que le envió Hitler a sus tanques para cancelar el ataque sobre Dunquerque” (atribuible, como vimos, al mismo Goering).¹⁶⁸ Este “segundo error táctico” fue ordenar que no se bombardearan más las

pistas y hangares y que de ahí en adelante el grueso del ataque se hiciera sobre las ciudades británicas. “Una decisión que, se dice, salvó a *Fighter Command* y le dio el giro a la batalla,” escribe Overy. El “se dice” de Overy delata que según él aquella sabiduría tradicional no tiene fundamento, pues los británicos habrían aguantado de todas formas y sin mucho problema (ya vimos arriba las razones).¹⁶⁹

Pero aunque no fueran decisivos para salvar a los británicos, los ‘errores’ tácticos de Goering sí redujeron mucho la eficacia de los ataques alemanes, pues no se conseguían metas militares bombardeando poblaciones civiles (ni siquiera mataban muchos civiles). Es interesante, por lo tanto, que fueran los propios británicos quienes otorgaran a Goering la excusa para su cambio de tácticas. ¿Cómo? Soltando—absurdamente—bombas británicas sobre Berlín. Estos ataques permitieron a Goering convencer a Hitler de vengar aquel terror con medidas comparables.

Resumiendo el impacto cumulativo de las bombas alemanas, Overy escribe:

Los factores que debilitaron la efectividad de la campaña de bombardeo tanto de día como de noche fueron autoimpuestos [por los alemanes]: los ataques descargaban bombas de bajo calibre, con relativamente pocos aviones, y sobre una gran variedad de blancos desperdigados. Muchos de estos blancos eran de importancia secundaria; ninguno—se tratara de pistas, centros de comunicaciones, puertos, o industria—fue atacado repetida, sistemática, o certeramente. Cuando la inteligencia aérea británica analizó el esfuerzo de bombardeo alemán a finales de septiembre de 1940, encontraron que los resultados

eran “asombrosamente ligeros en proporción al esfuerzo considerable que se había gastado.” Sin haber logrado observar una estrategia consistente de bombardeo, los británicos concluyeron que la fuerza aérea alemana bombardeaba “con la finalidad de rebajar la moral,” cosa que no logró hacer de manera apreciable. —Overy (2000:115)

Sería curioso que “rebajar la moral” realmente fuera el objetivo de Goering porque eso nada tiene que ver con establecer las condiciones objetivas—militares—de invasión. Pero hay otro problema para esta hipótesis. Los alemanes recibían muy buena información de diplomáticos de países pro alemanes (u oficialmente ‘neutrales’) acreditados en Gran Bretaña, y esos reportes dejaban claro que entre más bombas caían, más machos los británicos. El historiador George O. Kent, después de repasar la evidencia, concluye: “La imagen de Gran Bretaña que emergió de estos reportes era bastante fiable. Demostraba el espíritu indomable del pueblo y su determinación a resistir y continuar con la pelea.”¹⁷⁰ O sea que Goering sabía perfectamente que sus tácticas *fortalecían* el coraje moral británico.

Finalmente, la producción alemana de aviones dejaba mucho que desear. “Durante 1940, solo 1,780 aviones de un motor fueron producidos contra la producción planeada de 2,412. Esto era menos de la mitad que la cifra británica.” Según Overy, Hermann Goering presionaba mucho por aumentar la producción, pero las arengas del nazi me parecen una coartada. En la misma página Overy explica que la escasez de aviones de hecho era culpa del propio Goering por haberle encargado la producción al Coronel Ernst Udet. Éste era un fiasco de hombre nombrado por Goering “de la nada,” pues haber sido

piloto en la Primera Guerra Mundial no brinda ni experiencia ni conocimientos técnicos en producción de aviones. Overy propone que Goering lo nombró para tener un subordinado que no amenazara su autoridad. Es una mala hipótesis. Nadie se atrevía a retar la autoridad de Goering en el Tercer Reich que no fuera Hitler o Himmler.¹⁷¹

La hipótesis alternativa, apoyada en lo repasado hasta aquí, y en la forma como Goering salvó al *British Expeditionary Force* en Dunquerque, dice que Goering se encargaba de minimizar los daños a Gran Bretaña. Por eso nombró a Udet. Es una hipótesis que el mismo Udet respaldó, pues antes de suicidarse en 1941 por sentirse un fracasado, escribió en la pared de su departamento que Goering lo había estado saboteando, y ¡en su nota suicida se quejó de una conspiración *judía* encabezada por Goering! En el contexto de su cosmovisión nazi aquello revela la envergadura del sabotaje que Udet percibía.¹⁷²

En fin. La evidencia que presenta Overy me convence de que los alemanes en absoluto podían establecer superioridad aérea sobre los británicos, ni siquiera en el pequeño triángulo de la costa inglesa que estaban disputando. Y parece ser, además, que no lo estaban intentando.

Las posibilidades de invasión

En su historia militar los alemanes no tenían experiencia alguna lanzando operaciones anfibia, y durante siglos nadie había logrado invadir las islas británicas. No era la mejor combinación para los alemanes, pero había una variedad de problemas adicionales.

“La armada alemana,” apunta Overy, “era numéricamente muy inferior a la británica, aunque la última estuviera atendiendo problemas también en otros frentes.”¹⁷³ La flota de superficie alemana, explica DeWeerd, “dañada en la campaña noruega, no podía valerse más que de un crucero, dos cruceros ligeros, y cuatro destructores para proteger a la fuerza de atraco.”¹⁷⁴ Overy comenta que “los líderes navales dudaban de la viabilidad de una invasión” y que Erich Raeder, el comandante en jefe de la armada alemana, “prefería un bloqueo naval y aéreo de Gran Bretaña, mismo que le parecía ofrecer la posibilidad de terminar la guerra rápidamente sin necesidad de una invasión.”¹⁷⁵ El proyecto de invasión, entero, “‘era una babosada,’” según dijo en la posguerra el Mariscal de Campo alemán Gerd von Rundstedt, “porque los barcos necesarios no estaban disponibles.” Caracterizó todos los preparativos de invasión como “‘un juego, porque era obvio que no podía hacerse una invasión puesto que nuestra armada no estaba en condiciones de cruzar el Canal [de la Mancha].’”¹⁷⁶

En otras palabras, *Seelöwe* (‘Leon Marino’), como se le llamó en código a la invasión de Gran Bretaña, era imposible—*aun suponiendo que se obtuviera superioridad aérea*, cosa que no iba a suceder.

El problema era obvio para los altos militares alemanes. Pero era obvio, también, que Hitler estaba loco. Quizá por eso Runstedt parece haber querido asegurar que nadie se tomara en serio la idea de la invasión (no fuera a ser que Hitler sí pensara realmente hacerlo). Muy a pesar de la derrota francesa y el acorralamiento de los Aliados en Dunquerque, donde muchos soldados aliados fueron tomados prisioneros, la inteligencia del

Grupo A del ejército alemán que dirigía Runstedt procedió a estimar una cifra absurdamente alta de soldados disponibles en Gran Bretaña. Comenta DeWeerd: “O se colapsó por completo la inteligencia alemana, o se escribió aquella cifra en los registros para que la operación, que pocos oficiales pensaban tendría lugar, pareciera todavía más difícil.”¹⁷⁷ Es más razonable la segunda hipótesis. William Shirer apunta que aquel sobrestimado de las fuerzas británicas produjo un desacuerdo insuperable entre la armada y el ejército de cómo debía hacerse la invasión. Habiendo tantos soldados defensores, argumentaba el ejército, el frente invasor tenía que ser muy extendido, si no los alemanes serían acribillados. Pero la armada replicaba que no tenía con que proteger a las fuerzas invasoras a menos que el frente fuera angosto. No se ponían de acuerdo.¹⁷⁸

El mismo Adolfo Hitler no parece haber querido seriamente invadir Gran Bretaña. De hecho, según el general alemán Blumentritt, poco después de la penetración por Sedan que siguió a la penetración por las Ardenas, “Hitler declamó a un grupo de oficiales que había dos instituciones fundamentales cuya preservación era indispensable por el momento para sostener a la civilización occidental: la Iglesia Católica y el Imperio Británico.”¹⁷⁹

¿De qué se trató entonces la Batalla de Inglaterra?

Al final de su libro Richard Overy de paso comparte un dato que sugiere una hipótesis interesante de las verdaderas razones para la Batalla de Inglaterra. Hitler, dice, “había ordenado una campaña de engaño, aparentemente manteniendo la presión sobre Gran Bretaña para ocultar los preparativos de operación

que se precisaban para atacar a la Unión Soviética.”¹⁸⁰ La Batalla de Inglaterra, en esta interpretación, fue una distracción táctica. Un apoyo importante de esta hipótesis es la evidencia que indica que la invasión de la Unión Soviética se decidió desde el principio.

El testimonio de posguerra del General Walter Warlimont, importante oficial del Alto Mando alemán, explica lo siguiente. Inmediatamente después de la orden original para los preparativos de León Marino, el General Jodl convocó una junta de altos líderes del ejército el 29 de julio de 1940. ¿Qué se les comunicaba? “Que el Führer había decidido lanzar una campaña contra la Rusia soviética en la primavera de 1941.” El 29 de julio es una fecha muy temprana para discutir la invasión de la Unión Soviética—no empezaban todavía los ataques serios de la Batalla de Inglaterra (los primeros serían en agosto)—. Y según el General Jodl, fue inclusive antes del 29 de julio que Hitler anuncio a sus altos generales su intención de invadir la URSS, prometiendo hacerlo en el otoño de 1940—*o sea, durante los meses cuando de hecho se libró la Batalla de Inglaterra*—. En aquella ocasión el General Keitel le explicó a su *führer* que el clima, y las dificultades de trasladar a toda velocidad al grueso del ejército al Este, no permitían este plan, con lo cual Hitler pospuso el ataque contra la URSS para la primavera de 1941. El 9 de agosto de 1940, precisamente cuando comenzaba la ofensiva dura de la Batalla de Inglaterra, Hitler ordenó que empezaran a trasladarse muchas tropas al Este para ir preparando el ataque contra los soviéticos.¹⁸¹ ¿Y la invasión de Gran Bretaña?

William Shirer pregunta (y con razón): “¿Acaso era León Marino un plan serio? ¿Y acaso se consideraba

seriamente que fuera puesto en marcha?” Pese a las dudas de otros historiadores, y en base a los documentos secretos de los preparativos de León Marino, Shirer concluye que sí se consideró seriamente invadir Inglaterra, pero que el plan fue abandonado cuando los aviones alemanes fueron derrotados.¹⁸² Es la interpretación tradicional. Pero en ese caso los nazis planeaban invadir a Gran Bretaña y a la Unión Soviética *simultáneamente*, por lo cual nos incumbe una interpretación distinta para los preparativos de León Marino que tanto impresionan a Shirer.

Con el revoloteo de espionaje que había, con los servicios de inteligencia de uno y otro bando buscando establecer qué realmente sucedía, era preciso, para dar la impresión de que Hitler realmente quería una invasión de Gran Bretaña y así tomar a los soviéticos desprevenidos, que los generales alemanes recibieran órdenes consistentes con un sincero deseo de invadir al enemigo occidental. Esos ‘preparativos’—aquellos que el general alemán Rundstedt caracterizó como “un juego”—eran el mínimo necesario para engañar a los soviéticos (quienes sin embargo sospechaban un truco).

Consistente con ello, los alemanes en público se esmeraban en proyectar una confianza consistente con un plan genuino de invasión. Y lo hacían con mentiras. La inteligencia alemana, por ejemplo, subestimaba por mucho la producción aviónica de los británicos: “el 16 de septiembre, un día después de la tranquiza que acomodaron a los bombarderos [alemanes] sobre Londres, Goering anunció que a *Fighter Command* le quedaban nada más 177 aviones operables.”¹⁸³ El 12 de octubre quedaba más claro lo que realmente pasaba, pues se envió la

siguiete orden (citada por DeWeerd): “ ‘El Führer ha decidido que de aquí a la primavera, los preparativos para una invasión de Inglaterra se mantendrán nada más como una amenaza militar y política.’ ” Puede decirse con confianza, comenta DeWeerd, que a partir de esta orden “Hitler nunca consideró seriamente invadir Gran Bretaña.”¹⁸⁴ Efectivamente, cuando los encargados del programa alemán de municiones— confundidos por tener que preparar simultáneamente dos invasiones masivas—pidieron una clarificación, se les dijo a principios de diciembre que no habría una invasión de Gran Bretaña, y de ahí en adelante hicieron preparativos nada más para la invasión de la Unión Soviética.¹⁸⁵

“Es obvio,” escribe Richard Overy, “que no hacía falta mucho para convencer a Hitler de no atacar a Gran Bretaña.”¹⁸⁶ Para asegurar que así fuera, según lo repasado aquí, Goering parece haberse encargado de sabotear cualquier ventaja aérea, garantizando así que Hitler, por loco que estuviera, no pudiera imaginar siquiera que la primera de sus condiciones se cumplía. El ataque aéreo contra Inglaterra quedó como distracción mientras se preparaba la invasión de la Unión Soviética para la primavera.

La diplomacia británica hacia los soviéticos durante este periodo parece muy bien coordinada con la estrategia alemana, pues mantenía a los soviéticos en un estado de incertidumbre constante, lo cual redundó en una importante ventaja alemana. El historiador Gabriel Gorodetsky explica que al embajador soviético en Londres, Ivan Maisky, se le habían dado órdenes de “vigilar con cuidado a los así llamados

elementos ‘Cliveden’* del gobierno [británico],” pues se preocupaban mucho de que se firmase una paz anglo-germánica y resultase una alianza para destruir la Unión Soviética. Ya vimos que el propio Halifax, ministro de relaciones exteriores británicas, propuso firmar la paz con los nazis. ¡Los soviéticos tenían razón de estar nerviosos! Y la diplomacia británica en el contexto de la famosamente misteriosa llegada a Gran Bretaña de Rudolf Hess, piloteando un avión pequeño, los puso aun más nerviosos.¹⁸⁷

Hess, uno de los nazis más importantes, “había asistido a Hitler en la composición de los desplantes antibolcheviques de *Mein Kampf* y era muy conocido por sus sentimientos y contactos pro británicos.” El avión que piloteó Hess en mayo de 1941 aterrizó a salvo cerca de la propiedad del Duque de Hamilton, quien había tenido “contactos previos con Hess” (los mencionamos anteriormente). Hamilton era un entusiasta de la Asociación de la Hermandad Anglo-Germánica. Se suponía que Hess había venido a ver al duque para explorar la posibilidad de firmar una paz favorable a Alemania.¹⁸⁸

De ahí en adelante la diplomacia británica, escribe Gorodetsky, no hizo más que incrementar la incertidumbre de los soviéticos. Éstos no deseaban romper sus lazos con los británicos y buscaban conseguir que no firmaran la paz con Hitler; al mismo tiempo, como temían que los británicos quizá saldrían de la guerra, no querían hacer nada que empinara un ataque nazi contra la URSS, y “se le había dado prioridad a los

esfuerzos de evitar una provocación.” Como han explicado desde hace mucho los teóricos militares, es imposible preparar medidas defensivas que el adversario no interprete como ofensivas, por lo cual evitar una provocación aquí era lo mismo que no preparar al país para defender contra la invasión nazi.¹⁸⁹ O sea que la incertidumbre de los soviéticos sobre el comportamiento británico los puso en la posición más vulnerable posible para un ataque nazi. Dicho de otro modo, si la intención era asistir las metas orientales de Hitler, difícilmente pudo dirigirse mejor la diplomacia británica.

La famosa Batalla de Inglaterra, tan celebrada como la primera derrota de Hitler, en mi opinión fue un juego. No es mi intención, con esto, impugnar la valentía de los pilotos británicos y alemanes, ni pretendo burlarme de la gente que de ambos lados perdió sus vidas en los bombardeos; afirmo simplemente que las dirigencias de ambos lados estaban coludidas.

La dirigencia británica, coludida con otras dirigencias eugenistas y fascistas en Europa, se esmeró en entregarle a Hitler el continente, para que, con los recursos de toda Europa, se lanzara a la destrucción de la Unión Soviética. La reticencia de Hitler para invadir Gran Bretaña, el sabotaje de Goering al ataque aéreo, la fecha tan temprana para comenzar los preparativos de invasión de la Unión Soviética—todo grita que la Batalla de Inglaterra fue una distracción—. Esta batalla convenció a las poblaciones occidentales, y a los soviéticos, de que la dirigencia occidental era enemiga de los nazis. Al mismo tiempo, se distraía a los soviéticos mientras se preparaba el ataque hacia el Este.

* El *Cliveden Set*, liderado por Nancy Astor y su marido, era un grupo de aristócratas británicos pro nazi muy influyentes (CAPÍTULOS 13 y 16).

REFLEXIÓN

Si aceptamos la hipótesis de estupidez y cobardía en la dirigencia occidental, misma que exige la interpretación del ‘apaciguamiento’ invocada para explicar lo sucedido en los años 1933-39, nos veremos forzados a extenderla a esta primera fase de la Segunda Guerra, pues difícilmente pudieron haber hecho más los gobiernos de Occidente para asistir la conquista nazi de Europa. Sin embargo, la interpretación del ‘apaciguamiento’ fracasa aquí de la misma forma que para explicar el periodo 1933-39, y nuevamente fuerza los espavientos de William Shirer y otros historiadores que todo lo sucedido es “inexplicable,” “misterioso,” y “no se ha esclarecido.”

Es asombrosa la testarudez de los historiadores, pues abunda la evidencia de que gente con influencia decisiva en las clases gobernantes de Gran Bretaña, Francia, Bélgica, Dinamarca, y Noruega—y la Iglesia Católica—querían una conquista nazi de Europa. La razón también es obvia: estas clases gobernantes eran de ideología eugenista/fascista, y buscaban un golpe derechista paneuropeo para hacer marcha atrás con los movimientos de liberación que habían arrebatado el poder a sus ancestros a partir de la Revolución Francesa.

Pero no hemos terminado de examinar la evidencia. Me enfocaré ahora en el comportamiento de las clases gobernantes occidentales en la etapa que sigue a lo repasado aquí, para ver si aquello también empata con la hipótesis que defiendo. En mi opinión es imposible explicar con la hipótesis oficial que las dirigencias occidentales continuaran asistiendo el esfuerzo bélico de los nazis *durante toda la guerra*. Como a

continuación veremos, sin embargo, eso fue lo que hicieron.

FUENTES

- Allen, P. (1983). *The Crown and the Swastika: Hitler, Hess, and the Duke of Windsor*. London: Robert Hale.
- Addison, P. (2005). *Churchill: The unexpected hero*. Oxford: Oxford University Press.
- Balfour, R. E. (1930). The Action Francaise movement. *Cambridge historical journal*, 3(2), 182-205.
- Bankwitz, P. C. F. (1959). Maxime Weygand and the fall of France: A study in civil-military relations. *The journal of modern history*, 31(3), 225-242.
- Baxter, C. F. (1983). Winston Churchill: Military Strategist? *Military Affairs*, 47(1), 7-10.
- Bell, P. M. H. (1997). *The Origins of the Second World War in Europe* (2 ed.). Harlow, England: Pearson Education Limited.
- Ben-Itto, H. (2005). *The Lie that Wouldn't Die: The Protocols of the Elders of Zion*. London: Vallentine Mitchell.
- Bennett, P. G., & Dando, M. R. (1979). Complex strategic analysis: A hypergame study of the fall of France. *The journal of the operational research society*, 30(1), 23-32.
- Binion, R. (1969). Repeat Performance: A Psychohistorical Study of Leopold III and Belgian Neutrality. *History and Theory*, 8(2), 213-259.
- Black, E. (2003). *War against the weak: Eugenics and America's campaign to create a master race*. New York: Four Walls Eight Windows.
- Buckser, A. (1998). Group Identities and the Construction of the 1943 Rescue of the Danish Jews. *Ethnology*, 37(3), 209-226.

Cohen, M. J. (1986). Churchill and the Jews: The Holocaust. *Modern Judaism*, 6(1), 27-49.

Conway, J. S. (1973). The Vatican, Great Britain, and Relations with Germany, 1938-1940. *The Historical Journal*, 16(1), 147-167.

Cornwell, J. (2000). *El Papa de Hitler: La Verdadera Historia de Pio XII*. Barcelona: Editorial Planeta.

Davey, O. A. (1971). The origins of the Legion des Volontaires Francais contre le Bolchevisme. *Journal of contemporary history*, 6(4), 29-45.

DeWeerd, H. A., , & , V., No. 3. (Autumn, 1948), pp. 142-148. (1948). Hitler's Plans for Invading Britain. *Military Affairs*, 12(3), 142-148.

Eberle, H., & Uhl, M. (Eds.). (2008). *El Informe Hitler: Informe Secreto del NKVD extraído de los interrogatorios a Otto Günsche, ayudante personal de Hitler, y Heinz Linge, su ayuda de cámara. Moscú. 1948-1949*. México D.F.: Tusquets.

Frischauer, W. (1951). *The Rise and Fall of Hermann Goering*. Boston: Houghton Mifflin.

Gibson, I. M. (1945). The Maginot Line. *The journal of modern history*, 17(2), 130-146.

Giltner, P. (2001). The Success of Collaboration: Denmark's Self-Assessment of Its Economic Position after Five Years of Nazi Occupation. *Journal of Contemporary History*, 36(3), 485-506.

Gordon, B. M. (1975). The condottieri of the collaboration: Mouvement Social Revolutionnaire. *Journal of contemporary history*, 10(2), 262-282.

Gorodetsky, G. (1986). The Hess Affair and Anglo-Soviet Relations on the Eve of 'Barbarossa'. *The English Historical Review*, 101(399), 405-420.

Hayes, P. M. (1966). Quisling's political ideas. *Journal of contemporary history*, 1(1), 145-157.

Higham, C. (1995[1983]). *Trading with the Enemy: The Nazi-American Money Plot 1933-1949*. New York: Barnes & Noble.

Hill, A. G. (2002). Wordsworth, Louis-Philippe, and "England in 1840!" *The Modern Language Review*, 97(3), 529-538.

Hoffmann, P. (1991). The Question of Western Allied Co-Operation with the German Anti-Nazi Conspiracy, 1938-1944. *The Historical Journal*, 34(2), 437-464.

Hughes, D. J. (1995). Schlichting, Schlieffen, and the Prussian Theory of War in 1914. *The Journal of Military History*, 59(2), 257-277.

Jenkins, R. (2001). *Churchill*. London: Macmillan.

Jersak, T. (2000). Blitzkrieg revisited: A new look at nazi war and extermination planning. *The historical journal*, 43(2), 565-582.

Kent, G. O. (1963). Britain in the Winter of 1940-41 As Seen from the Wilhelmstrasse. *The Historical Journal*, 6(1), 120-130.

Knight, T. J. (1969). Belgium leaves the war, 1940. *The journal of modern history*, 41(1), 46-67.

Laurent, P. H. (1969). The reversal of Belgian foreign policy, 1936-1937. *The Review of Politics*, 31(3), 370-384.

Lottman, H. (1992). *La Caída de Paris*. Tusquets: Barcelona.

Loudon, A. (1942). Know Your Enemy. *Annals of the American Academy of Political and Social Science*, 222 ('Winning Both the War and the Peace'), 26-31.

Mandell, R. D. (1967). The affair and the fair: Some observations on the closing stages of the Dreyfus case. *The journal of modern history*, 39(3), 253-265.

Marcq, R. (1946). Collaboration under enemy occupation. *Annals of the american academy of political and social science*, 247, 69-72.

Mason, H. L. (1963). War Comes to the Netherlands: September 1939-May 1940. *Political Science Quarterly*, 78(4), 548-580.

Oppenheim, F. E. (1950). Belgian political parties since liberation. *The Review of Politics*, 12(1), 99-119.

Overy, R. J. (1980). Hitler and Air Strategy. *Journal of Contemporary History*, 15(3), 405-421.

Paulsson, G. S. (1995). The 'Bridge over the Oresund': The Historiography on the Expulsion of the Jews from Nazi-Occupied Denmark. *Journal of Contemporary History*, 30(3), 431-464.

Poole, D. C. (1946). Light on Nazi Foreign Policy. *Foreign Affairs*, 25(1), 130-154.

Porch, D. (1989). The Marne and after: A reappraisal of French strategy in the First World War. *The journal of military history*, 53(4), 363-386.

Russell, B. (1934). *Freedom and organization 1814-1914*. London: George Allen and Unwin.

Sagan, S. D. (1986). 1914 Revisited: Allies, offense, and instability. *International Security*, 11(2), 151-175.

Shirer, W. L. (1960). *The rise and fall of the Third Reich: A history of Nazi Germany*. New York: Simon & Shuster.

Stafford, D. (1997). *Churchill and the Secret Service*. New York: Overlook Press.

Szaluta, J. (1974). Marshal Petain's ambassadorship to Spain: Conspiratorial or providential rise toward power? *French historical studies*, 8(4), 511-533.

Thompson, D. G. (1997). Norwegian Military Policy, 1905-1940: A Critical Appraisal and Review of the Literature. *The Journal of Military History*, 61(3), 503-520.

Vilhjálmsón, V. Ö. (2003). 'The King and the Star' In: Bastholm Jensen,

Mette & Steven B. Jensen (Eds.), Denmark And the Holocaust. Published by the Danish Institute for International Studies (DIIS), Department for Holocaust and Genocide Studies. Copenhagen.

Watt, D. C. (1956). The Anglo-German Naval Agreement of 1935: An Interim Judgment. *The Journal of Modern History*, 28(2), 155-175.

Weber, E. (1962). Nationalism, socialism, and national-socialism in France. *French historical studies*, 2(3), 273-307.

Wilson, S. (1969). The 'Action Francaise' in French intellectual life. *The historical journal*, 12(2), 328-350.

Wolfe, B. D. (1964). Titans locked in combat. Part 1. *Russian review*, 23(4), 327-340.

¹ Shirer (1960:638-39)

² *ibid.* (pp.643-44)

³ *ibid.* (p.648)

⁴ Eberle & Uhl (2008:72)

⁵ Hill (1967:559)

⁶ Mason (1963:551)

⁷ Shirer (1960:648)

⁸ Hoffman (1991:445)

⁹ Cornwell (2000:265)

¹⁰ Conway (1973)

¹¹ Hoffman (1991:445-46)

¹² citado en Cornwell (2000:266)

¹³ Hoffman (1991:450-51)

¹⁴ Cornwell (2000:267-68)

¹⁵ Hoffman (1991:448, 451-52)

¹⁶ Shirer (1960:715)

¹⁷ *ibid.* (p.671)

¹⁸ *ibid.* (pp.671-72)

¹⁹ *ibid.* (p.672)

²⁰ *ibid.* (pp.694-95)

²¹ *ibid.* (p.695)

²² *ibid.* (p.700)

²³ *ibid.*

²⁴ Paulsson (1995:459)

²⁵ Giltner (2001:485)

²⁶ Black (2003:243-44)

²⁷ Thomspson (1997:511)

²⁸ *ibid.*(p.487)

²⁹ Buckser (1998)

³⁰ Vilhjálmsón, V. Ö. (2003)

³¹ Paulsson (1995:436-54)

³² *ibid.* (p.460)

³³ *ibid.* (p.459)

³⁴ Black (2003:244)

³⁵ Thompson (1997:509)

³⁶ *ibid.*

³⁷ Hayes (1966:147-48)

³⁸ *ibid.* (p.153)

³⁹ *ibid.* (pp.154-55)

⁴⁰ *ibid.* (pp.150-51)

⁴¹ Shirer (1960:676-78)

⁴² *ibid.* (p.695)

⁴³ *ibid.* (pp.701-02)

⁴⁴ Addison (2005:160)

⁴⁵ Baxter (1983:8)

⁴⁶ Shirer (1960:695-96)

⁴⁷ Stafford (1997:158)

⁴⁸ *ibid.* (pp.101-102)

⁴⁹ Shirer (1960:701, 707-08)

⁵⁰ *ibid.* (p.708)

⁵¹ Thompson (1997:518)

⁵² Cohen (1986:43)

⁵³ Jenkins (2001:574)

⁵⁴ *ibid.* (p.200)

⁵⁵ Shirer (1960:707)

⁵⁶ Addison (2005:160)

⁵⁷ *ibid.*

⁵⁸ Shirer (1960:703)

⁵⁹ *ibid.* (pp.704, 709)

⁶⁰ Thompson (1997:516-17)

⁶¹ Oppenheim (1950:99-100; énfasis mío)

⁶² *ibid.* (p.100)

⁶³ Laurent (1969:374-75)

⁶⁴ Black (2003:241)

⁶⁵ Oppenheim (1950:101)

⁶⁶ Laurent (1969)

⁶⁷ Hughes (1995: 271)

⁶⁸ Porch (1989:380)

⁶⁹ Sagan (1986:159)

⁷⁰ Wolfe (1964:336)

⁷¹ Bennet & Dando (1979:23-24)

⁷² Jersak (2000:567)

⁷³ *ibid.* (pp.566-67)

⁷⁴ Bennet & Dando (1979:27)

⁷⁵ *ibid.* (p.28)

⁷⁶ Jersak (2000:568)

⁷⁷ Binion (1969:214)

⁷⁸ Shirer (1960:715-16)

⁷⁹ *ibid.* (pp.715, 719)

⁸⁰ DOCUMENTS ON GERMAN FOREIGN POLICY 1918-1945;
UNITED STATES GOVERNMENT PRINTING OFFICE
WASHINGTON (1954); No. 621 124/122669 Minister Zech to State
Secretary Weizsäcker, THE HAGUE, February 19, 1940.

⁸¹ “Dear Mr Hitler”; Sunday Times (London); April 16, 2000, Sunday;
BYLINE: Peter Miller.

⁸² Duke of Windsor 'tried to pass military secrets to Hitler'; Sunday Times
(London), April 16, 2000, Sunday, Home news, 464 words, Christopher
Morgan; Dear Mr Hitler; Sunday Times (London), April 16, 2000, Sunday,
Features, 4744 words, Peter Miller.

⁸³ The Duke, Hitler and a shaming farrago of untruths; How could a
reputable publisher pass off a fantasy as history?; DAILY MAIL (London),
May 19, 2000, Pg. 13, 1453 words, Christopher Hudson

⁸⁴ “Forgeries revealed in the National Archives”; The Sunday Times
(London), May 4, 2008, HOME NEWS; News; Pg.4, 1065 words, David
Leppard

⁸⁵ “Historian in Himmler dispute was in earlier forgery furore”; Sunday
Times (London), July 3, 2005, Sunday, Home news; News; 15, 608 words,
David Leppard

⁸⁶ citado en Addison (2005:161)

⁸⁷ *ibid.* (p.162)

⁸⁸ Shirer (1960:716)

⁸⁹ Bennet & Dando (1979:24)

⁹⁰ Shirer (1960:726)

⁹¹ *ibid.* (p.720)

⁹² *ibid.* (p.720)

⁹³ “Dear Mr Hitler”; Sunday Times (London); April 16, 2000, Sunday;
BYLINE: Peter Miller.

⁹⁴ Bennet & Dando (1979:30)

⁹⁵ Binion (1969:219)

-
- ⁹⁶ Jersak (2000:568).
- ⁹⁷ Shirer (1960:727)
- ⁹⁸ *ibid.* (p.728)
- ⁹⁹ **"World War II."** *Encyclopædia Britannica*. 2009. Encyclopædia Britannica Online. Accesado 21 de Abril de 2009
- ¹⁰⁰ Shirer (1960:730)
- ¹⁰¹ *ibid.* (p.733)
- ¹⁰² Poole (1946:131)
- ¹⁰³ *ibid.* (p.130)
- ¹⁰⁴ Frischauer (1951:58-69)
- ¹⁰⁵ *ibid.* (p.193)
- ¹⁰⁶ Allen (1983:41)
- ¹⁰⁷ Hill (1967:557-58, 566)
- ¹⁰⁸ Frischauer (1951:182-83, 187)
- ¹⁰⁹ Shirer (1960:736)
- ¹¹⁰ Ethiopia and Spain Asked To the British Coronation; Wireless to THE NEW YORK TIMES; *New York Times*; Feb 23, 1937. p. 15.
- ¹¹¹ Document HO 144/21057/1; February March 1937; ROYAL: Arrangements for the Coronation of George VI; The National Archives, Kew.
- ¹¹² Frischauer (1951:133-34)
- ¹¹³ *ibid.* (pp.137)
- ¹¹⁴ Watt (1956:162, y nota 47)
- ¹¹⁵ Hill (1967:559)
- ¹¹⁶ Frischauer (1951:119-20)
- ¹¹⁷ Higham (1995[1983]:181-82)
- ¹¹⁸ Nazi links the royals would rather forget, The Daily Telegraph (Sydney, Australia), January 15, 2005 Saturday, FEATURES; Historical Feature; Pg. 82, 908 words, GORDON RAYNER
- ¹¹⁹ Higham (1995[1983]:183)
- ¹²⁰ Higham (1995[1983]:117)
- ¹²¹ Shirer (1960:729)
- ¹²² Knight (1969:47)
- ¹²³ Shirer (1960:729-30)
- ¹²⁴ Knight (1969:48-50)
- ¹²⁵ Porch (2000:157-58)
- ¹²⁶ Mandell (1967:255)
- ¹²⁷ *ibid.* (p.256)
- ¹²⁸ *ibid.* (pp.261-65)
- ¹²⁹ Weber (1962:277)
- ¹³⁰ *ibid.*
- ¹³¹ *ibid.*
- ¹³² Davey (1971:30)
- ¹³³ Gordon (1975:261)
- ¹³⁴ Davey (1971:30)
- ¹³⁵ Szaluta (1974:516)
- ¹³⁶ Gordon (1975:261)
- ¹³⁷ Szaluta (1974:527)

-
- ¹³⁸ *ibid.* (p.518)
- ¹³⁹ *ibid.* (pp.517, 519-521, 530)
- ¹⁴⁰ *ibid.* (p.518)
- ¹⁴¹ *ibid.* (pp.518-19)
- ¹⁴² Wright (1957:64-67)
- ¹⁴³ Gibson (1945:143)
- ¹⁴⁴ Szaluta (1974:512-14)
- ¹⁴⁵ *ibid.* (p.521)
- ¹⁴⁶ *ibid.* (p.521)
- ¹⁴⁷ Lottman (1992:23)
- ¹⁴⁸ Szaluta (1974:522)
- ¹⁴⁹ *ibid.* (pp.523-24)
- ¹⁵⁰ Gordon (1975:262)
- ¹⁵¹ *ibid.* (p.264)
- ¹⁵² Gibson (1945)
- ¹⁵³ Lottman (1992:22, 26)
- ¹⁵⁴ *ibid.* (pp.22, 26-27, 30, 37)
- ¹⁵⁵ *ibid.* (p.310)
- ¹⁵⁶ Bankwitz (1959:225, 236)
- ¹⁵⁷ Szaluta (1974:532)
- ¹⁵⁸ Higham (1995[1983]:184)
- ¹⁵⁹ Overy (2000:11, 14)
- ¹⁶⁰ *ibid.* (p.11)
- ¹⁶¹ DeWeerd (1948:144)
- ¹⁶² Stafford (1997:150)
- ¹⁶³ Overy (2000:72)
- ¹⁶⁴ *ibid.* (pp.59-60, 124-25)
- ¹⁶⁵ *ibid.* (p.51)
- ¹⁶⁶ *ibid.* (p.49)
- ¹⁶⁷ *ibid.* (p.85)
- ¹⁶⁸ Shirer (1960:776-77)
- ¹⁶⁹ Overy (2000:84-86)
- ¹⁷⁰ Kent (1963:9)
- ¹⁷¹ Overy (2000:55-56)
- ¹⁷² *ibid.*
- ¹⁷³ *ibid.* (p.119)
- ¹⁷⁴ DeWeerd (1948:148)
- ¹⁷⁵ Overy (2000:18)
- ¹⁷⁶ citado en DeWeerd (1948:146)
- ¹⁷⁷ *ibid.*
- ¹⁷⁸ Shirer (1960:766-67)
- ¹⁷⁹ DeWeerd (1948:146)
- ¹⁸⁰ Overy (2000:117)
- ¹⁸¹ Shirer (1960:797-99)
- ¹⁸² *ibid.* (pp.761-62)
- ¹⁸³ Overy (2000:125-26)
- ¹⁸⁴ DeWeerd (1948:145)
- ¹⁸⁵ *ibid.* (p.147)

¹⁸⁶ Overy (2000:121)

¹⁸⁷ Gorodetsky (1986:410)

¹⁸⁸ *ibid.* (p.411)

¹⁸⁹ *ibid.* (pp.418-19)